Julio Meinvielle

El comunismo en la revolución anticristiana

colección presencia en el mundo de hoy

THEORÍA

JULIO MEINVIELLE

EL COMUNISMO EN LA REVOLUCION ANTICRISTIANA

EL COMUNISMO EN LA REVOLUCION ANTICRISTIANA

EDICIONES THEORIA
Moreno 1368 - Buenos Aires
1961

Con las licencias necesarias.

Julio 1961

Impreso en la Argentina

INDICE

PROLOGO

El gran hecho, que se ofrece a las generaciones que habitan en este siglo nuestro planeta, es el avance sostenido e incontenible del comunismo ateo. La teoría comunista comenzó a elaborarse después del año 40 del siglo pasado. Pero esta teoría, hecha acción, *recién comenzó a operar con fuerza a principio de siglo. Lenín y los revolucionarios rusos, financiados ya entonces por la banca judía norteamericana, realizaron una obra titánica de envenenamiento y adiestramiento de las clases laboriosas de aquel país que había de lograr completo éxito con la Revolución de octubre de 1917. Es claro que el comunismo no se implantó, en virtud de motivaciones primeramente económicas. Fue específicamente una revolución política, a base del* poder político, *que contó con el apoyo de la banca judía, Kuhn Loeb and Co. de los Estados Unidos y con la ayuda del ejército alemán. El poder político removió y movilizó todos los resentimientos del pueblo ruso desquiciado y entregó esa noble nación a la camarilla revolucionaria que encabezaban Lenín y Trotsky. Desde entonces, el comunismo dispuso de una poderosa plataforma para expandirse por el globo. Mientras se consolidaba fuertemente en Rusia, apelando a métodos gigantescos de organización y usando sin escrúpulos*

y en escala nunca vista los medios más expeditivos de eficacia policial, montaba una poderosa maquinaria de acción revolucionaria encargada de propagar por todos los países del mundo el comunismo ateo.

Con la segunda guerra mundial, y siempre a base del poder político, el comunismo logra insospechados beneficios y triunfos en la Europa oriental y en el Asia. Con la complicidad manifiesta de Potencias que se exhiben como anticomunistas, el comunismo conquista, prácticamente sin lucha, y como si recibiera un regalo, vastas regiones y pueblos de Europa y de Asia y en especial, China. Ya hoy es dueño de la mitad de la tierra y amenaza extenderse rápidamente por el Africa e Hispanoamérica y se encuentra a las puertas mismas de los Estados Unidos y de Europa continental.

Aquí surge una pregunta: ¿Qué encanto y qué singular atractivo ofrece el comunismo para que los pueblos se echen en sus brazos? Porque está suficientemente documentado que es un inmenso y terrible régimen carcelero que somete a la gente a un trabajo despiadado sin proporcionarle las legítimas satisfacciones y goces que ha encontrado siempre el hombre en las más diversas civilizaciones. ¿Qué razón puede explicar que los pueblos abracen, en forma rápida y en gran escala, un sistema de vida que contraría las aspiraciones más legítimas y elementales del bienestar humano?

A esta pregunta, que debe formularse todo hombre responsable que desee conocer la razón de un fenómeno social como el comunismo, no cabe sino una respuesta que sólo puede dar la teología de la historia. Decimos: "teología de la historia", vale decir, la historia, y la historia de nuestros días, vista a la luz de las enseñanzas de la Revelación

cristiana. Cristo nos ha traído un mensaje que debe iluminar a todo hombre que viene a este mundo. Este mensaje es propagado, en forma autorizada y en su integridad, por la Cátedra romana en la que se prolonga el magisterio de Cristo. La vida del hombre y por lo mismo su historia —historia de los individuos y sobre todo, historia de los pueblos— se ha de ajustar a la enseñanza del Señor, que se puede resumir en aquella palabra del Evangelio: "Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura".

Y añade el Señor: "No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán". *(San Mateo, 6, 33).*

Aquí el Señor, único Maestro autorizado de la humanidad, le dice al hombre, sea individuo, sea pueblo: ¿quieres ser feliz? Pues bien, lo serás si buscas como fin primero de tu vida el reino de Dios. Si diriges tus esfuerzos en servir a Dios, lograrás y sólo entonces lo lograrás, lo que te es indispensable para la felicidad en este mundo. Si en cambio vives preocupado primeramente *por tu felicidad en este mundo y andas inquieto pensando en el mañana de tu vida, ni serás feliz en este mundo ni lo serás tampoco en el otro.*

Esta palabra de Cristo —palabra como todas las suyas de Vida eterna— tiene valor y vigencia para la historia de los pueblos cristianos, que son por otra parte los pueblos rectores del mundo. ¿Qué ha de pasar con los pueblos cristianos si llega un momento en su historia que, lejos de tomar en serio la palabra de su Señor y de dedicarse a la propagación de su reino por el mundo, se entregan a la erección de la ciudad del Hombre, y ponen todas sus energías para edificar la ciudad del ma-

ñana en la que le sean solucionados todos sus problemas? Si la palabra de Cristo tiene valor y debe ser tomada en serio, habrá de acaecer necesariamente que esa ciudad, lejos de proporcionarle al hombre su felicidad, traerá su ruina y desgracia, ruina y desgracia, por otra parte, en la medida en que el hombre proponga la búsqueda del reino de Dios y se concentre en su propio bienestar.

Ahora bien; el comunismo no es más que la etapa, que estamos al presente viviendo, de un proceso en el cual los pueblos que han conocido y practicado el Mensaje cristiano han promovido una Revolución contra este Mensaje. Esta es la Revolución anticristiana. Cristo dijo: "Buscad primero el reino de Dios". Y los pueblos cristianos le contestan: "De ninguna manera. Buscaremos primero nuestro bienestar. Edificaremos la ciudad del Hombre". Y he aquí que, desde hace casi cinco siglos, la Europa cristiana ha comenzado a volver sus espaldas al Evangelio, a su propagación, y se ha dedicado a empresas puramente materiales. Primero se ocupó del Humanismo, después del Capitalismo y hoy del Comunismo.

Y se da la paradoja de que a pesar que el hombre dispone día a día de mayores medios técnicos que podrían contribuir a su felicidad, se encuentra en una situación de incertidumbre, angustia y terror. La técnica lejos de serle útil, le resulta perjudicial. Porque al bajar el hombre en calidad moral y al perder por lo mismo su señorío, baja también en su capacidad de dominador de las fuerzas que le rodean y se hace esclavo de sus propias pasiones y utiliza en servicio de éstas los adelantos que produce. Cuanto mayor progreso realiza la técnica en todos los aspectos, más desgraciada y ruinosa es la condición del hombre que la utiliza al servicio de su degradación moral.

El presente ensayo al explicar el comunismo a la luz de la teología de la historia, explica también de dónde procede su carácter "inevitable". "Inevitable" si se tiene en cuenta que el hombre, llamado a una vocación de vida cristiana, se empeña en torcer radicalmente el mensaje evangélico que le requiere. El hombre está llamado primeramente *a la contemplación de Dios. El hombre puede y debe dedicarse a tareas materiales que le aseguren un bienestar aquí abajo. Pero no* primeramente. *El hombre es* homo sapiens *y no precisamente* homo faber. *Y hombre sabio de la Sabiduría más alta que es la divina.*

Al explicar el comunismo a la luz de la teología tratamos de elevarnos sobre la economía, la sociología, la política y aun la filosofía, que no pueden aclararnos sino aspectos fragmentarios del mismo. El comunismo, al pretender crear un "hombre total", nuevo, pretende infundir un nuevo espíritu *a la humanidad. Ese* espíritu, *al no venir de Dios, viene del enemigo de Dios, del Príncipe de este mundo. Por ello, en la implantación del comunismo se traba una lucha entre el Espíritu de Dios y los espíritus malos que tratan de perder al hombre. Del sentido, origen y término de esa lucha, sólo puede dar razón la teología de la historia.*

Nuestro ensayo quiere explicar asimismo porqué el comunismo viene ahora, *en este preciso momento histórico. Y ello se explica si entendemos que la historia no es sino el despliegue a través del tiempo del hombre mismo. Hay que comprender entonces cuáles son las virtualidades y valores esenciales que encierra el hombre y qué ha de acaecer si en un momento dado el hombre cristiano, como conjunto social y civilizador, renuncia a la plenitud de su manifestación. Cuando al final de la Edad Media renunció a su condición de "cris-*

tiano" para expresarse únicamente como "hombre" —de aquí el "humanismo" de la época renacentista—, no podía advertir con experiencia histórica *que le era completamente imposible mantenerse en ese "humanismo". Y el hombre fue descendiendo al "animalismo" que caracteriza al hombre del liberalismo que llena el siglo XIX, al hombre precisamente burgués y capitalista, sumergido en las preocupaciones y goces de la vida económica. Pero ni aquí, ni en este plano de la economía dirigente, puede mantenerse el hombre. Ha de ir descendiendo más abajo, hacia un plano más inferior y de menor densidad cultural, hacia el plano del comunismo, en que el hombre, renunciando a su dignidad de* cristiano, *a su dignidad de* hombre, *a su dignidad* animal, *se contenta con ser un engranaje de la gran maquinaria en que se convierte la ciudad comunista.*

Este ensayo quiere explicar igualmente cuál es la única y adecuada solución que ponga remedio a la caída del hombre y de los pueblos en el comunismo ateo. Sin desantender la utilidad que puede proporcionar la economía, la sociología, la política y la filosofía, quiere sobre todo destacar que el remedio pleno y adecuado contra el comunismo es la vida cristiana en plenitud, en el orden privado y público. El "buscad primero el reino de Dios", no es una palabra vacía del Señor. Dios no dice, como decimos nosotros, palabras vacías. Es una ley para los pueblos. Es una ley de la Historia. Es una solución también para los pueblos y para la Historia que, cuando por infidelidad han caído en los abismos de la degradación, encuentran su remedio en la Palabra del Señor. Logos quiere decir Palabra. Y el mundo hoy, sobre todo el mundo que fue cristiano y ya no lo es, necesita el

soplo del Logos, de la Palabra, que lo levante y le dé nueva vida.

En medio de la tragedia que aqueja profundamente a los pueblos y a la Historia en esta hora sombría de la humanidad, Dios parece haber reducido a Silencio a su Iglesia, en vastas regiones del planeta —la Iglesia del Silencio comprende a Rusia, Estonia, Letonia, Lituania, Ucrania, Albania, Bulgaria, China, Corea, Hungría, Polonia, Rumania, Checoslovaquia, Vietnam, Yugoslavia y Cuba y amenaza extenderse a otros países—, para que el hombre, después de haber callado, esté en condiciones de oír la Palabra de la Esposa del Verbo.

Sólo esta Palabra puede salvarle.

J. M.

En la festividad de San José Obrero de 1961.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA CIUDAD CATOLICA A LA CIUDAD COMUNISTA

El comunismo no puede ser entendido ni doctrinaria ni históricamente si no se establece un punto de referencia con el cual compararle. Este punto puede ser el cristianismo, el hombre, la sociedad burguesa o cualquier otro que quiera tomar la casi infinita consideración humana. Se logrará así de él, según el caso, una inteligencia más o menos verdadera y completa. Pero el único punto que proporciona sobre él una luz verdadera y completa es el de la ciudad católica. Porque éste es el de la sociedad elaborada de acuerdo al plan de Dios, en la Providencia actual, el único que satisface plenamente los designios de Dios y las aspiraciones del hombre. Cuando el hombre entiende cómo debe ser la ciudad terrestre, en qué forma ha de estructurarse y hacia qué fin ha de ordenarse, entiende también cuán perversa, absurda y nefasta es la ciudad comunista, que contraría de tal radical modo los derechos de Dios y las exigencias del hombre.

No ha de faltar quien encuentre peregrino este concepto de "Ciudad Católica", como si fuera una novedad caprichosa, enunciada arbitrariamen-

te. No hay tal. Es un concepto que aparece en el magisterio y en el pensamiento ordinario de la Iglesia, a veces no con este nombre, sino con el más común de "Civilización Cristiana". San Pío X, en el importante documento "Notre Charge Apostolique", del 25 de agosto de 1910, sobre la democracia cristiana del "Sillon", lo registra en un párrafo de singular energía, que dice así: "Hay que
" recordarlo enérgicamente en estos tiempos de
" anarquía social e intelectual, en que cada indi-
" viduo se convierte en doctor y legislador. No,
" venerables hermanos, no se edificará la ciudad
" de un modo distinto a como Dios la ha edifica-
" do; no se levantará la sociedad si la Iglesia no
" pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la
" civilización no está por inventar, ni la ciudad
" nueva por construir en las nubes. Ha existido,
" existe; es la civilización cristiana. Es la ciudad
" católica. No se trata más que de instaurarla y
" restaurarla sin cesar sobre los fundamentos na-
" turales y divinos de los ataques siempre nuevos
" de la utopía moderna, de la Revolución y de la
" impiedad: *Omnia instaurare in Christo*".

A la luz de la ciudad católica vamos, pues, a estudiar la utopía comunista. La ciudad católica alcanzó su momento de plenitud histórica en el siglo XIII, cuando la sabiduría culminó con Santo Tomás de Aquino, cuando la prudencia política logró forma maravillosa con San Luis, rey de Francia, cuando el arte se iluminó en el pincel del Beato Angélico. Unos siglos después, la revolución anticristiana rompe la unidad de la ciudad católica. Y se inicia un proceso de degradación que alcanza cada vez capas más profundas de la ciudad, amenazándola con una ruina y muerte total. El comunismo significa esta ruina y muer-

te total de la ciudad católica. De triunfar en forma definitiva y permanente —si Dios lo permitiera—, se sumergiría en un naufragio total la ciudad católica.

Adviértase que decimos la ciudad católica, y no el cristianismo o la Iglesia Católica. Ésta, que es indefectible, en virtud de la promesa de asistencia de Cristo, podrá seguir viviendo, y con alta fuerza del Espíritu, en el corazón de muchas almas escogidas, así, poco más o menos, como persevera viviendo el catolicismo en la Rusia soviética o en China comunista. Habría catolicismo, pero no habría ciudad cristiana.

El Cristianismo y la Ciudad Católica

La ciudad católica es una realidad distinta y en absoluto separable de la Iglesia y del Cristianismo. Porque, aunque no puede haber ciudad católica sin la Iglesia, puede haber Iglesia sin ciudad católica. La Iglesia es inmanente y trascendente a la ciudad católica. La Iglesia, aunque tiene una organización externa de magisterio, gobierno y culto, en sí es una realidad mística que prolonga en la vida de los pueblos la presencia de Cristo, Nuestro Señor. Pues bien, la Iglesia, con su organización externa y con su realidad mística, puede difundirse entre civilizaciones hostiles sin informar ninguna ni apoyarse en ninguna. En un mundo hostil sólo lograría sostenerse en algunas almas privilegiadas, que, viviendo aisladas o comunitariamente, se entregarían a su divino esposo. Así como hubo la Iglesia de Pentecostés, y luego la Iglesia de los mártires, en que sólo unas pocas almas respondían a Cristo en un mundo totalmente rebelde, así también puede existir una

Iglesia de gran desolación en que sólo unos pocos fieles continúen viviendo de la Fe.

La ciudad Católica, en cambio, implica una acción informativa de la Iglesia misma sobre la vida de los pueblos, sobre su misma vida temporal. Una impregnación tal de esa vida temporal que ella se desenvuelva dentro de las normas públicas cristianas al servicio de Cristo. Una vida de familia, del trabajo, de la cultura, de la política al servicio de Cristo. León XIII, en su "Inmortale Dei" nos atestigua que la ciudad católica fué una realidad en el mundo. "Hubo un tiempo —escribe— en que la filosofía del evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde y florecía en todas partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados. El sacerdocio y el Imperio vivían unidos en mutua concordia y amistoso consorcio de voluntades".

Aquella realidad histórica que fué la ciudad católica se rompió, y desde entonces viene sufriendo un proceso destructivo que, como hemos dicho, culmina en el comunismo. El comunismo tiene, por ello, una raíz cristiana. No es un movimiento puramente pagano. Es una herejía del cristianismo hecha acción. El comunismo ha de ser ubicado en un contexto cristiano. Por ello también consideramos muy importante oponer a la utopía del comunismo la verdad de la ciudad católica, vale decir, la verdad total del cristianismo, el cristia-

nismo completamente realizado en la ciudad católica.

Al comunismo, que pretende realizar "el hombre total", sólo se le opone verdaderamente la ciudad católica, respuesta verdaderamente completa y acabada.

La Revolución anticristiana contra la ciudad católica

Todas las herejías fueron revolucionarias, y revolucionarias en un sentido total. No quisieron reformar solamente las creencias religiosas, sino reformar también la vida. Muchas de ellas predicaron, desde un primer momento, el comunismo de vida. Así, los célebres albigenses, que en el siglo XII se difundieron por el sur de Francia, Flandes y la Lombardía, poseyeron dos caracteres distintivos de su herejía revolucionaria en la creencia en una teología dualista, maniquea, en la rebelión de las clases inferiores, so pretexto de restaurar un cristianismo primitivo.

Pero estas herejías chocaron contra la sólida estructura de la sociedad medieval. En efecto, como veremos inmediatamente, una sociedad fuertemente estructurada en sólidas instituciones no puede ser abatida de un solo golpe. Es necesario, para derribarla, una acción destructiva que vaya dirigida progresivamente, y de acuerdo con la jerarquía de su importancia, contra cada una de sus partes.

El cristianismo logró forjar sobre la base de las instituciones grecorromanas, y con el aporte del mundo bárbaro, un sólido edificio de civilización que alcanza su plenitud en el siglo XIII.

La Iglesia, encarnada en la realidad de la ciudad católica, se oponía a las herejías con las mismas estructuras sociales y políticas, y era propósito de las herejías destruir esas estructuras junto con el espíritu que las animaba, a fin de sumir al hombre en un sistema de desorden que le privara de los beneficios de la redención. También es ése el objetivo que mueve al comunismo en su ofensiva contra la ciudad católica, medio natural y normal del hombre, para vivir el cristianismo en su plenitud.

Aquí se nos plantea una cuestión esencial, que es necesario enfrentar si queremos ver claro en este problema del comunismo. El comunismo, como luego veremos, no es más que una etapa del proceso de lucha que lleva la revolución anticristiana contra la ciudad católica y, en definitiva, contra el cristianismo. Pero, ¿a qué finalidad responde esa revolución? Esta pregunta nos lleva a exponer brevemente el *plan de Dios* y la perturbación de este plan por el pecado de los espíritus, dos hechos que iluminan toda la historia humana, y sin los cuales ésta carece de sentido.

Dios uno y trino, que es omniperfecto y feliz en su vida trinitaria, decreta crear en el tiempo el universo de los espíritus y el universo de la creación sensible con el hombre como rey de esta creación. Crea Dios en el tiempo, pues, el universo de los espíritus, colocándolos en el estado de perfección de naturaleza y gracia, pero con facultad de libre albedrío para aceptar el plan de Dios y conformarse con él. Conocido es lo que acontece según el relato bíblico. Parte de los espíritus se rebelan contra Dios y pronuncian su grito de rebelión: *¡Non serviam!*

Pecado de orgullo. Pecado de autonomía. El ángel malo y sus compañeros no aceptan la sujeción y obediencia que como criaturas les corresponde hacia su Creador, y prefieren, en cambio, su propia excelencia como primero y supremo valor. Lo importante es destacar el hecho de que desde entonces la Creación se halla alterada con un elemento de perturbación y desorden. Dios crea el bien, pero la creatura, eligiendo su propio y particular bien antes que el bien divino, introduce el mal en la Creación.

Cuando Dios crea luego el Universo Sensible, y lo crea bueno y se complace en su bondad —*"Y vió Dios ser muy bueno cuanto había hecho"*—,[1] el espíritu malo, bajo la permisión soberana de Dios, se sobreentiende, introduce el mal también en esta creación sensible e induce al primer hombre al pecado, en el cual éste consiente. Desde entonces tenemos el mal en la creación sensible. Y el espíritu malo, el diablo, se constituye en *príncipe de este mundo*[2].

Los espíritus malos tienen poder para engañar y seducir a los hombres. San Pablo nos enseña que "Nuestro combate no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra las dominaciones de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires"[3].

Además, existe el mal en nosotros mismos y en nuestra naturaleza, por cuanto el hombre, aunque está ordenado al bien, tiene propensión a dejarse arrastrar por bienes particulares, que le apartan de su verdadero bien. El mal nace en el

[1] Génesis, 1, 31.
[2] Juan, 12, 31.
[3] Efesios, 6, 12.

espíritu del hombre antes de traducirse en sus acciones y en sus obras. Su espíritu está desordenado y se siente propenso a preferir su propia excelencia a la de su Creador. También está desordenado en su sensibilidad y se siente inclinado a buscar el bien sensible aun a costa de los bienes de su espíritu. De aquí nacen todos los pecados, los de soberbia, de avaricia, de lujuria,[4] pero la raíz última de los pecados es la soberbia, que vive solamente en el espíritu, y que impele al hombre a buscar *su autonomía*. El pecado del hombre, como el del Angel, es un pecado de soberbia, un pecado de autonomía. *¡Non serviam!*

Cristo, el hijo de Dios, vino a traer al hombre la gracia de la Redención, combatiendo contra el pecado y contra la muerte, y obteniendo sobre ellos una victoria total y definitiva. El plan de Cristo y de la Iglesia tiene su lugar aquí. El combate de Cristo se prolonga en la historia. En las almas de los cristianos se ha de cumplir el combate que se libra entre Dios y su Ungido contra el espíritu diabólico por la posesión de los hombres. Es una lucha totalitaria; abarca todo el hombre con todo lo que es, con todo lo que puede y con todo lo que tiene.

La historia cobra sentido a la luz de esta gran lucha milenaria que libran los espíritus. El punto culminante de la lucha se cumple cuando aparece Cristo y con su pasión y muerte libra la batalla decisiva y logra la victoria completa.

La conquista del hombre tanto por Cristo como por el diablo quiere ser total. Uno y otro quieren que el hombre le pertenezca totalmente. Uno y otro exigen la adoración completa y rendida,

[4] Juan, I, 2, 16.

pero de diversa manera. Dios, que tiene acceso a lo más interno del corazón del hombre, quiere primero y directamente el alma del hombre con su ser más interior. Por ello Dios puede permitir que los pueblos se pierdan, porque Él se regocija con el consuelo y el goce de unas pocas almas que se le entregan en lo más íntimo de su ser a pesar de todas las dificultades exteriores.

En cambio, el diablo, que en la medida en que es diablo es privación de ser, está hecho de nada y a la nada tiende, encuentra su gusto en la cantidad y en lo exterior. Tiende a dominar los pueblos, aun los pueblos cristianos, en su condición exterior, en lo profano —sea social-económico o social-político—, para de allí luego ejercer su dominación sobre la intimidad de las conciencias.

Así como la cristiandad se forja desde el interior de las almas, en las que habita el Divino Espíritu, hacia el exterior de la vida profana de los pueblos, el reino del diablo, por el contrario, se expande desde el exterior y desde la vida profana hacia el interior de las almas. Las tentaciones del diablo son siempre, de algún modo, exteriores. Tentación de sensualidad, simbolizada en la comida del pan. Tentación de vanidad y soberbia, simbolizada en el espectacular tirarse del pináculo del templo, codicia de los reinos de este mundo que se le ofrecen en la tercera tentación. Voluntad de poder, manejo de riquezas, sensualidad, a eso se reduce el poder del diablo. Lo político y lo económico le ofrecen un dominio fácil.

Por ello el diablo, para perder a las almas pierde primero a los pueblos, atentando directamente contra la estructura de la Ciudad Católica. Y se vale para ello de recursos sociológicos, eco-

nómicos, culturales y políticos. En cierto modo, el mundo le sigue perteneciendo.

A la luz de estas pocas ideas sobre el plan divino en la historia cobra sentido la erección de la Ciudad Católica y su destrucción progresiva por la revolución anticristiana. Cristo, a través de la Iglesia, edifica la Ciudad Católica de la sociedad medieval. Operando sobre el interior de las almas la Iglesia edifica la ciudad cristiana. Hombres y mujeres plenamente cristianos establecen familias cristianas, una estructura económico-social cristiana y un orden político cristiano.

Por ello en la Edad Media pudo haber profesionales de la política que fueran santos: hubo reyes santos. Así surgió la ciudad católica, con todas las imperfecciones de lo humano y aun con imperfecciones propias del momento histórico. Al ser católica la ciudad, quedaba restringida la acción del diablo, que debía ceñirse principalmente a una conquista individual de almas.

Pero el diablo no podía aceptar esta restricción. Tenía que intentar destruir la ciudad católica. Tenía que intentar la revolución anticristiana. Y lo intenta con una acción desde adentro y desde afuera. Por dentro, con la acción de cismáticos y herejes. Por fuera, con las sucesivas invasiones de pueblos paganos, y luego de las musulmanas. Pero la ciudad católica resiste, se defiende y difunde, hasta alcanzar su punto culminante el siglo XIII. Luego ha de producirse su derrumbe.

La Ciudad Católica y las cuatro dimensiones del hombre

La ciudad católica medieval —decimos medieval porque puede haber una ciudad católica de

otro signo histórico, como la que esperamos se realice en período próximo— señala un punto culminante de la cultura humana. Un punto culminante porque en ella se alcanza en lo esencial la perfección a que puede llegar el espíritu humano. Y en esto señalamos el criterio que nos debe guiar en la apreciación de las culturas.

Una cultura no es más que "el hombre manifestándose", Una cultura será tanto más rica cuanto más ricas sean las manifestaciones del hombre. El valor de esas manifestaciones se debe ponderar de acuerdo a su contenido de realidad. La Realidad subsistente es Dios, de quien deriva todo bien y de quien todo bien finito no es sino participación. De aquí que una cultura será tanto más rica cuanto más divinas, cuanto más cercanas a Dios sean las manifestaciones del hombre [5].

El hombre, que es un conflicto de potencia pura y acto puro, puede realizar culturas tan diversas como la divina de la Edad Media y la diabólica de la Rusia comunista.

El hombre es un conflicto de potencia pura y de acto puro, hemos dicho. Es potencia pura porque, como explican Aristóteles y Santo Tomás, el entendimiento humano está en potencia con respecto a todos los inteligibles, y por ello el hombre al principio es como una tabla rasa, en la cual no hay nada escrito. Es acto puro porque, gracias a la actividad del entendimiento agente, puede actualizarse todo inteligible. Puede elevarse, pues, desde la realidad más ínfima hasta Dios por participación, o puede contentarse con ser sólo hombre, como acaeció en el racionalismo de la edad

[5] Desde aquí hasta la página 40 reproducimos lo que habíamos publicado en 1936, en el Epílogo de nuestra "Concepción Católica de la Economía".

clásica, o puede convertirse en animal, como sucede en el hombre del siglo XIX, o puede ser simplemente "cosa", como se empeña en convertirlo la dictadura proletaria.

En el hombre, conflicto de potencia pura y de acto puro, coexisten, desde la redención, cuatro formalidades fundamentales que explican las cuatro etapas posibles de un ciclo cultural.

En efecto, el hombre es algo, es una cosa.

El hombre es animal, es un ser sensible, que sigue el bien deleitable.

El hombre es hombre, es un ser racional que se guía por el bien honesto.

Y por encima de estas tres formalidades, el hombre, participando de la esencia divina, está llamado a la vida en comunidad con Dios.

Existen, pues, en el hombre, cuatro formalidades esenciales:

La formalidad sobrenatural o divina.

La formalidad humana o racional.

La formalidad animal o sensitiva.

La formalidad de realidad o de cosa.

En un hombre normalmente constituído (digamos también en una cultura normal), estas cuatro formalidades deben estar articuladas en un ordenamiento jerárquico que asegure su unidad de dinamismo.

Y así el hombre es algo para sentir como animal; siente como animal para razonar y entender como hombre; razona y entiende como hombre, para amar a Dios como dios. O sea: la formalidad de realidad que hay en él debe estar subordinada a su función de animal; la de animal, a su función de hombre; la de hombre, a la sobrenatural. Lo cual se comprueba aun en el campo experi-

mental por el hecho de que los procesos físico-químicos del hombre están al servicio de las funciones vegetativas; ésta al servicio del funcionamiento normal de los sentidos; la vida sensitiva asegura, a su vez, la adquisición de las ideas y la vida psicológica superior, con todo el ordenamiento económico, político y moral, que no es más que un medio para que el hombre se ponga en comunicación con su Creador. Por esto, profundamente ha podido escribir Santo Tomás de Aquino [6] que todos los oficios humanos parecen servir a los que contemplan la Verdad.

En otras palabras: la mística, la contemplación infusa de los santos, que no es sino el ejercicio más alto de la santidad, es el destino más elevado de todo hombre; y así como no puede haber hombre más humano que el santo, no puede haber cultura más cultural (de mayor densidad cultural) qué aquella que esté bajo el signo de la santidad, como lo estuvo —dentro de la inevitable imperfección de lo terrestre— la cultura medieval.

Si estas cuatro formalidades que constituyen al hombre son proyectadas socialmente, se tienen cuatro funciones bien caracterizadas:

a la formalidad de cosa responde la función económica de ejecución —trabajo manual—, que cumple el obrero en un oficio particular;

a la formalidad de animal corresponde la función económica de dirección —capital—, que cumple la burguesía en la producción de bienes materiales;

a la formalidad de hombre corresponde la función política—aristocracia, gobierno de los mejores en su sentido etimológico—, que cumple el

[6] *Suma contra gentiles,* L. III, c. 37.

político en la conducción de una vida virtuosa de los demás hombres;

a la formalidad sobrenatural corresponde la función religiosa del sacerdocio, que se ocupa de conducir los hombres a Dios.

Antes de indicar cuál es el ámbito propio de cada una de esas funciones, observemos que las tres primeras son de derecho humano, es decir, pueden revestir diversas formas de realización, con tal de que se respete su naturaleza esencial; no así la cuarta, el sacerdocio, que por voluntad de Cristo tiene circunscripta su forma concreta de constitución en el episcopado unido con el Pontífice Romano. En efecto, Jesucristo, el hijo de Dios, a quien le ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra, ha comunicado su misión al episcopado en unión con el Pontífice de Roma cuando en las personas de Pedro y de los apóstoles ha dicho: "Id, por tanto, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Hemos de exponer ahora las atribuciones propias de los grupos sociales que desempeñan estas funciones. El sacerdocio, digamos la Iglesia, tiene como función asegurar la vida divina del hombre, incorporándolo a la sociedad de los hijos de Dios y manteniéndolo en ella. Para eso la Iglesia ejerce funciones de Maestra, y en este carácter es depositaria e intérprete auténtica de todas las verdades reveladas por Dios al hombre. Ejerce funciones de sacerdote, y en este carácter, santifica con la virtud que brota del sacrificio perenne a todos sus miembros pecadores. Ejerce funciones de Pastor, y en ese carácter, rige la conducta de los

hombres. Su dominio se extiende a todo el ámbito de lo espiritual, sea interno o externo, privado o público, individual, doméstico o social. Nada que de un modo u otro tenga atingencia con el orden eterno está sustraído a su jurisdicción. Si el gobierno temporal de un príncipe perjudica a la gloria de Dios y a la salvación eterna de sus súbditos, la Iglesia puede y debe, en virtud de su universal jurisdicción en lo espiritual, aplicar medidas de coerción contra el príncipe, que pueden llegar hasta la deposición.

La función política —fundamento de la aristocracia— tiene como fin propio hacer virtuosa la convivencia humana. El ser humano debe vivir en sociedad para lograr su perfección. Y la realización de la virtud es función propia de aquella clase social que en una u otra forma tiene en sus manos la función política. La cual no puede ser sino aristocrática, esto es, gobierno de los virtuosos en la acepción etimológica, ya que sólo quien posee la virtud puede hacerla imperar.

La aristocracia no define en qué consiste la virtud. Eso es atribución del poder sacerdotal, según aquello de que "*los labios del sacerdote guardarán la ciencia y de su boca aprenderán la ley*" [7]. La aristocracia lleva a la realización práctica el estado de virtud cuyo conocimiento ha aprendido de los labios sacerdotales; de aquí que es esencial a la aristocracia su subordinación al sacerdocio, como es esencial a la política su sujeción a la teología.

Por debajo del orden aristocrático, que se ocupa de la política, se encuentran las clases inferiores, burguesía y artesanado, dedicadas a la función económica de proveer de los elementos esen-

[7] Malaquías, 2, 7.

ciales para la subsistencia material del hombre. La burguesía interviene en las operaciones financieras y comerciales y en la dirección de la producción. El artesanado, en la ejecución de los diferentes oficios. Uno dirige, el otro ejecuta. Una aporta capital, el otro su trabajo. Uno y otro viven asociados en mutua colaboración dentro del ámbito económico, y a su vez subordinados a la aristocracia y al sacerdocio, que cumplen funciones más altas dentro del ámbito más amplio de la vida humana.

Las cuatro funciones esenciales que acabamos de exponer, lo mismo que las cuatro formalidades que constituyen el hombre, están articuladas en una jerarquía de servicio mutuo.

El artesanado sirve a la burguesía y la burguesía sirve al artesanado en cuanto lo dirige y tutela, así como la vida vegetativa sostiene los órganos sensoriales y a su vez es servida por ella, ya que el animal, por medio de sus sentidos, se procura el sustento vegetativo.

El artesanado y la burguesía, unidos en la cooperación económica, sirven a la nobleza y son servidos por ella, que les garantiza el ordenamiento virtuoso, del mismo modo que los sentidos contribuyen a la adquisición de las ideas, y éstas rectifican y perfeccionan el conocimiento sensitivo.

El artesanado, la burguesía y la aristocracia sirven al sacerdocio, pues los dos primeros le aseguran la sustentación económica y el tercero la convivencia virtuosa, y a su vez son servidos por él en cuanto el sacerdocio consolida el ordenamiento económico y político de aquéllos por la virtud santificadora que dispensa; es de modo análogo a cómo el hombre con su entendimiento se convence de la necesidad de admitir la Revelación

sobrenatural y ésta ratifica el conocimiento de las verdades naturales.

Un orden normal de vida es un orden esencialmente jerárquico, una jerarquía de servicios. Y el orden jerárquico integra en la unidad lo múltiple. Así las familias se integran en la unidad de las corporaciones; las corporaciones en la unidad de la nación bajo un mismo régimen político; las naciones en la unidad de la Cristiandad por la adoración del mismo Dios, en un mismo bautismo y en un mismo Espíritu.

Las tres revoluciones posibles

Si el orden normal es jerarquía, la anormalidad es violación de la jerarquía y al mismo tiempo atomización, porque al romper la jerarquía se rompe el principio de unidad y se deja libre expansión a las causas de multiplicación que son las inductoras de la muerte. La muerte no es más que la disgregación de lo uno en lo múltiple.

¿Cuántos y cuáles tipos de anormalidad son esencialmente posibles? Tres y sólo tres son las Revoluciones posibles, a saber:

Que lo natural se rebele contra lo sobrenatural, o la aristocracia contra el sacerdocio, o la política contra la teología; he aquí la primera rebelión.

Que lo animal se rebele contra lo natural o la burguesía contra la aristocracia, o la economía contra la política; he aquí la segunda rebelión.

Que lo algo se rebele contra lo animal, o el artesanado contra la burguesía. He aquí la tercera rebelión.

En la primera revolución, si lo político se rebela contra lo teológico, ha de producirse una cultura de expansión política, de expansión natural o racional, de expansión monárquica y al mismo tiempo de opresión religiosa.

Es precisamente la cultura que se inaugura con el Renacimiento, y que se conoce con los nombres de:

Humanismo
Racionalismo
Naturalismo
Absolutismo.

En la segunda revolución, si lo económico burgués se rebela contra lo político, ha de producirse una cultura de expansión económica, de expansión animal, de expansión burguesa, de expansión de lo positivo y de opresión de lo político y racional.

Es precisamente la cultura que se inaugura con la Revolución Francesa, y que se conoce con los nombres de:

Economismo
Capitalismo
Positivismo
Animalismo
Siglo Estúpido
Democracia
Liberalismo.

En la tercera revolución, si lo económico-proletario se rebela contra lo económico-burgués, ha de producirse una cultura de expansión proletaria, de expansión materialista y de opresión burguesa.

Es precisamente la cultura que se inaugura con la Revolución Comunista, y que se conoce con los nombres de:

Comunismo

Materialismo dialéctico

Guerra al capitalismo

Guerra a la burguesía.

Revolución última y caótica, porque el hombre no afirma cosa alguna, sino que se vuelve y destruye. Destruye la religión, el Estado, la propiedad, la familia, la Verdad.

La primera revolución

Pero no nos adelantemos, y veamos ahora, aunque debamos volver sobre conceptos sugeridos, cómo este proceso de rebeliones se viene desarrollando desde la Edad Media hasta acá.

La Edad Media es esencialmente teocéntrica, sobrenatural y sacerdotal, porque todas las actividades humanas, desenvolviéndose cada una dentro de su propia esfera con una admirable economía, coadyuvan a la unión del hombre con Dios. Es sacerdotal, porque, siendo el sacerdote el depositario visible de la palabra de Dios, debe él ordenar en último término un mundo cuyo anhelo es la realización visible de esta palabra.

Antes de colocar la corona sobre la cabeza del rey, el arzobispo oficiante hacía las seis preguntas siguientes:

"¿Quiere Vuestra Majestad conservar la Santa Fe Católica y Apostólica y fortificarla con obras justas?

¿Quiere Vuestra Majestad proteger a la Iglesia y a sus servidores?

¿Quiere Vuestra Majestad gobernar el Imperio que Dios le confía según la justicia de nuestro Padre y promete defenderlo enérgicamente?

¿Quiere Vuestra Majestad mantener los derechos del Imperio, reconquistar los Estados que han sido injustamente separados y regirlos de modo que sirvan a los intereses del Imperio?

¿Quiere Vuestra Majestad mostrarse juez equitativo y leal defensor de los pobres como de los ricos, de las viudas y de los huérfanos?

¿Quiere Vuestra Majestad prestar al Papa y a la Santa Iglesia Romana la obediencia, la fidelidad y el respeto que son debidos?".

Después de la prestación de juramento el arzobispo oficiante se volvía hacia lòs cuerpos reunidos del Estado, lo mismo que al resto de la asamblea, que en el espíritu del ceremonial representaban al pueblo entero, e interrogándoles, decía: "¿Queréis fortificar su Imperio? ¿Consentís en prestarle fidelidad y homenaje? ¿Os comprometéis a someteros a todos sus mandamientos según la palabra del Apóstol: que cada cual esté sometido a la autoridad que tiene poder sobre él y al Rey, que es el jefe supremo?".

Toda la asamblea respondía entonces: "Amen".

Esta augusta ceremonia, añade el historiador Janssen, consagraba, por medio del representante de la Iglesia, los deberes recíprocos del soberano y del pueblo; un contrato quedaba firmado entre la Nación y el Soberano. En seguida tenía lugar la coronación y la consagración. La Iglesia santificaba el orden temporal en la persona del rey y lo penetraba del espíritu del cristianismo.

De esta suerte, toda la vida cultural fielmente respetada era santificada por la vida sobrenatural, y así la vida en todas sus manifestaciones era pro-

fundamente cristiana. La vida era oración. Y como en toda criatura en oración, la vida era rica en todas sus manifestaciones posibles, en sabiduría, moral y arte, y al mismo tiempo profundamente humilde, olvidada de sí misma, suspirando tan sólo por Aquel de quien viene todo bien.

Este admirable equilibrio va a romperse cuando el poder temporal deje de servir y no busque si no mandar. Todo desequilibrio en el orden moral es producido por el pecado del Espíritu Malo, por el grito de soberbia: *¡non serviam!*, ¡no serviré!

Esto acaece de un modo típico al fin de la Edad Media, cuando Felipe el Hermoso vuelve contra la Iglesia la autoridad consagrada por ella. Por la mano sacrílega de Guillermo de Nogaret, Felipe el Hermoso se apodera del Papa, lo mantiene preso y lo ultraja en Anagni. Sentado sobre su trono, la tiara en la cabeza, teniendo en sus manos las llaves y la cruz, el anciano Pontífice, en quien se ha refugiado el orden medieval, es despreciado por el absolutismo del monarca que abre la Edad Moderna. Esta rebelión inaugura en lo social un nuevo espíritu que se va fortaleciendo con el desprestigio —que abarcó a la función sacerdotal— de los Papas del Renacimiento, y que quedó oficialmente formulado y asegurado con la Reforma de Lutero.

Lutero, respaldado por los príncipes, y en cierto modo preanunciado por el Renacimiento, concentra sus golpes contra el Pontífice Romano, depositario auténtico del orden sobrenatural. La revolución de Lutero fué la revolución de los señores. La nobleza, que tanta parte tenía de culpa en la corrupción de la Iglesia, con la conversión de las dignidades eclesiásticas en *sinecuras para la*

casta aristocrática[8], tomó como cosa propia la reforma de Lutero.

Y así queda inaugurada una cultura absolutista, en que los príncipes no reconocen más derecho que el capricho de su voluntad; naturalista, porque el hombre busca la expansión de su naturaleza; racionalista, porque el mismo hombre constituye su razón en la medida de todas las cosas.

Un caso concreto de esta cultura lo hallamos en el siglo de Luis XIV en Francia, donde el absolutismo del monarca cobra una expansión paralela al naturalismo de Buffon y Fontenelle, al moralismo de Labruyère y La Fontaine, al racionalismo de Descartes, al humanismo de Molière, al clasicismo de Corneille y Racine, y al galicanismo de Bossuet.

Al mismo tiempo en que es vivido el mundo antropocéntrico —el mundo de la razón—, éste camina hacia su disolución y va dejando paso al mundo de la pura libertad —mundo animal—, es decir, a un mundo en el cual el hombre no ajustará su vida a las exigencias de la razón humana, sino a la infrahumana de las fuerzas inferiores que le solicitan. Al mundo del liberalismo y del positivismo que se prolonga por todo el siglo XIX. La exaltación de la razón en Descartes ha de terminar en la eutanasia de la misma razón practicada por Kant.

¿Y por qué acaece esto? Porque, como enseña el Concilio Vaticano, el hombre no puede, sin la Revelación y sin la Gracia Sobrenatural, realizar la perfección de su naturaleza y de su razón; sin auxilios sobrenaturales el hombre se ha de ir degradando; ha de ir descendiendo a grados más infrahumanos de condición.

[8] Joseph Leo Seifert, *Los Revolucionarios del mundo.*

Y así —inevitablemente— el racionalismo no es más que un camino al suplicio de la razón; el absolutismo, al suplicio de los monarcas; el naturalismo, un camino al suplicio de la naturaleza; el humanismo, un camino al suplicio de lo humano.

Y así —también inevitablemente— el racionalismo termina con el suicidio de la razón en Kant y Nietzsche, el absolutismo en el patíbulo con Luis XVI, el naturalismo en el materialismo del siglo XIX, el humanismo con el "Homo economicus" de la burguesía y con la vida animal del positivismo y de Darwin.

La segunda revolución

Es decir, que la primera revolución, operada por el hombre moderno al suplantar lo sobrenatural, va a terminar en la segunda revolución, que desplazará, a su vez, a lo político para inaugurar el primado de lo económico.

La revolución de Lutero se precipita inevitablemente en la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa es, en substancia, el reemplazo de la nobleza por la burguesía, de la política por la economía, de lo humano por lo infrahumano, de lo racional por lo animal, de lo clásico por lo romántico, del absolutismo por la democracia.

Y esto por la lógica intrínseca de las revoluciones. Una revolución en el sentido metafísico es una rebelión de lo inferior contra lo superior para hacer prevalecer lo inferior.

Con la Revolución Francesa comienza un mundo burgués animal, estúpido y positivista. El *homo*

naturalis no funciona ya, y el *homo animalis* asume sus responsabilidades. De aquí el materialismo del siglo XIX: agotado el raciocinio, o sea la operación que interpreta y unifica los hechos, que reflexiona sobre ellos, no le queda al hombre más que limitarse a comprobar los acontecimientos y a coleccionarlos.

Hemos dicho que esta segunda revolución abre la era de la economía. En efecto, el siglo XIX es un siglo esencialmente economista, como lo demuestra la colosal expansión industrial, comercial y financiera que en él se desarrolla.

El hecho de que sea economista exige que se debilite la fuerza política y que se doblegue a las exigencias económicas, así como en la era anterior el primado de lo político significó la anulación cultural del sacerdocio como valor dominante. Y así, en efecto, la política pierde su antigua eficacia a consecuencia de la concepción de la soberanía popular auspiciada por Rousseau y practicada luego a partir del encaramamiento burgués a la autoridad del Estado.

Sería erróneo, sin embargo, imaginar que una cultura económica logra acabadamente su objeto propio, así como en una cultura puramente política tampoco la política alcanza el suyo. Pues el hecho de que la economía debe hallarse sujeta al imperio de la política, la prioridad de aquélla entraña una inversión de valores.

En efecto, la economía economista es inevitablemente invertida; en ella se consume para producir más, se produce más para vender más, se vende más para lucrar más, cuando la recta ordenación exige que la finanza y el comercio estén al servicio de la producción y ésta al servicio del consumo, ambos al servicio de la economía; ésta

al servicio de la política, la política al servicio del hombre, y el hombre al servicio de Dios.

Esta economía así invertida es implacablemente funesta, y termina en la tremenda catástrofe contemporánea que presenciamos: un inmenso aparato productor que remueve las riquezas del mundo, y una humanidad de la cual las dos terceras partes sufren la intemperie, la falta de abrigo y el hambre. Así como en la era del absolutismo político los pueblos debían sufrir los abusos de los monarcas absolutistas, así en la economista quedan sometidos al yugo de los productores de riqueza.

El momento en que actualmente nos encontramos es el final de la era economista y la entrada en la era proletaria.

La tercera revolución

Nos hallamos al cabo de una época en la cual se agota la influencia cultural del sacerdocio y reina el ateísmo militante; se agota la influencia cultural de la política y reina la anarquía demagógica; se agota la influencia cultural de la economía burguesa y el cetro del poder está a punto de pasar al proletariado.

Nos hallamos en la tercera revolución, que es la comunista, la revolución proletaria, en la que el obrero, el obrero descalificado y marginal, el proletario, quiere desplazar al burgués, al político y al sacerdote. Quiere suplantar al burgués y repudia a la economía burguesa de propiedad privada; quiere suplantar al político y repudia a los gobiernos de autoridad al servicio del bien común; quiere suplantar al sacerdocio y erige en sistema al ateísmo militante.

El comunismo, extendido hoy a una gran parte del globo, señala la última de las revoluciones posibles en un ciclo cultural. Después de él, y aun ya con él, no es posible sino el caos. El comunista es un hombre a quien se le ha quitado su formalidad sobrenatural de hijo de Dios, su formalidad natural de hombre, su formalidad de animal sensible. El comunista se convierte en una cosa —un tornillo, una tuerca— de una gran maquinaria que es la sociedad colectiva del proletariado. ¿Qué queda de un hombre si se le han quitado estas tres formalidades? Queda solo una cosa, algo que camina a la nada. Y así el comunismo es en definitiva, la deificación de la realidad que tiende a la nada. ¿Cuál es la realidad que tiende a la nada? ¿Qué es lo que sigue siendo algo y es nada por su pura potencialidad? Es la materia prima de Aristóteles. *Dico antem materiam quae secundum se, ne quid, nec quantitas nec allud aliquid eorum dicitur quibus est ens determinatum.* Aquella materia que de sí misma no es esencia ni calidad ni ninguna otra cosa por las cuales el ser se determina.

El comunismo tiende a la nada, a lo puramente informe, a ser cualquier cosa bajo la todopoderosa mano de la dictadura del proletariado. Este poder colosal agarra al hombre y lo convierte en engranaje de una maquinaria también colosal. El hombre, el hombre individual, pierde su condición de hijo de Dios, hecho a la imágen de Dios y para contemplar a Dios. Pierde su condición racional de señor y dominador de la naturaleza. Pierde también su condición animal hecha para gozar de los placeres sensibles. El hombre es una pura cosa útil, que se usa o se tira según lo exija la conveniencia de la gran maquinaria colectiva. El hombre ha perdido su destino.

La Ciudad Católica ajustada a la medida sin medida del hombre

La ciudad católica tuvo una realización de relativa plenitud que alcanzó su esplendor en la sociedad medieval del siglo XIII. Aquí podríamos formularnos varias cuestiones. ¿En que consiste, *en esencia,* una ciudad católica? ¿La ciudad católica, es *una* o son varias? Y en este caso ¿con distinción de especie o de individuo? ¿Qué posibilidad y probabilidad existe de que vuelva a renacer en plenitud? La respuesta acertada o desacertada a cada una de estas cuestiones guiará una recta o desviada filosofía o teología de la historia y, en consecuencia también, unas normas rectas o desviadas de acción político-religiosa.

Se dice muchas veces que la historia es *irreversible.* Y lo es en un sentido preciso. La historia es el cumplimiento *singular* de la vida de pueblos e individuos. Lo singular se circunscribe siempre a unas condiciones concretas de lugar y tiempo que no admiten, en el plano de lo singular, ninguna multiplicación o repetición. Pero la historia no se ha de concebir como una *sucesión de puntos,* cada uno de los cuales tendría existencia y actividad propia e independiente. Si la historia es historia, lo es de un ser que se desarrolla históricamente y es que, través de cambios sucesivos, reviste una permanencia de estructura y de actividad.

Enfocada de este modo la ciudad católica está constituída por pueblos que, informados por la Iglesia, se desarrollan, históricamente. En rigor, la ciudad católica existe desde que existe la Iglesia, así como una planta es tal desde el momento en que el principio vital vegetativo informa una materia dada. Pero así como una planta sin de-

jar de ser tal puede llevar una vida embrionaria o de perfecto desarrollo, floreciente o raquítica, así la ciudad católica, puede conocer las vicisitudes de un estado embrionario —la incipiente cristiandad que se abre paso en el Imperio Romano—; o de un estado de florecimiento —la civilización cristiana medieval—; o de un estado de declinación y raquitismo, como el que presenta la ciudad católica de los tiempos modernos.

Tenemos entonces una ciudad católica, que es tal en lo esencial, con una unidad singular e individual pero que presenta diversos estados de desarrollo. Mientras la Iglesia mantenga su influjo vital —no hablemos del grado de este influjo— sobre un pueblo, habrá allí una ciudad católica. A la luz de esta perspectiva se entienden las palabras de San Pío X que citamos más arriba y que dicen: "La civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por construir en las nubes. Ha existido, existe, es la civilización cristiana, es la ciudad católica".

Que existe, no quiere decir que su florecimiento alcance la plenitud que le corresponde. Tanto en los días de San Pío X como ahora, la ciudad católica se halla quebrantada con achaques gravísimos, que son el naturalismo, el liberalismo y el comunismo que amenazan llevarla a la ruina definitiva.

Por ello, la pregunta a que trataremos de dar respuesta más adelante se debe formular de esta manera: ¿Volverá a conocer la ciudad católica un nuevo florecimiento en los tiempos modernos?

Ahora corresponde señalar que *una ciudad católica en estado de florecimiento* debe encerrar los cuatro valores o formalidades indicados más arriba y en la jerarquía que los mismos valores in-

volucran. No obstante ello no implicará una repetición o imitación de la ciudad medieval. Aquella ciudad se cumplió en condiciones históricas, religiosas, culturales, políticas y económicas que no podrán repetirse. Muy particularmente, el proceso de ascensión de las clases inferiores —entonces derivado de la desaparición de la esclavitud pagana, hoy de circunstancias económico-políticas específicas del siglo XX— habrá de ser absorbido por la nueva ciudad católica dentro de una más plástica ordenación de los cuatro valores señalados.

Más adelante nos referiremos a las condiciones de una ciudad católica florecida. Importa señalar que lo que propiamente la constituye es que, al encerrar los cuatro valores indicados en la jerarquía que les corresponde, se ajusta a la medida sin medida del hombre. Sólo una ciudad que tenga en cuenta todas las aspiraciones que Dios ha depositado en el hombre —aspiraciones sin medida, ya que en definitiva le empujan a Dios, que no tiene medida— puede ser una ciudad verdadera y plenamente católica.

Capítulo Segundo

EL COMUNISMO, ULTIMA ETAPA DE LA REVOLUCION ANTICRISTIANA

Hemos señalado los cuatro valores esenciales que debe encerrar una civilización si quiere ser perfectiva del hombre y resultarle beneficiosa. Hemos visto también como se ha venido efectuando, bajo la revolución anticristiana que tiene como agente responsable al mismo Satanás, un proceso regresivo en que se les ha arrebatado a los antiguos pueblos católicos uno tras otro, cada uno de estos valores hasta sumirlos en esta postración que desemboca en el comunismo.

Corresponde ahora que, en función de los valores que perfeccionan al hombre, examinemos el comunismo enseñado por Marx y llevado a la práctica por la actual revolución comunista mundial.

El comunismo no sólo es heredero histórico de las dos Revoluciones, sino que agudiza sus consecuencias aun en el plano en que estas dos revoluciones se efectuaron.

Porque el comunismo es una revolución contra la verdadera autoridad religiosa y aun contra toda religión. Para él, la religión es una aliena-

ción del hombre, una perdición, una frustración. La religión es el opio del pueblo, enseña Marx.

En *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho* de Hegel, en 1844 Marx escribe: "La religión es la autoconciencia y el autosentimiento del hombre que aun no se ha adquirido a sí mismos, o que ha vuelto a perderse"... "La miseria religiosa es la expresión de la miseria real, y por otra parte, la protesta por la miseria real".

Pero la religión no solo es inútil; es positivamente mala, porque es destructora del hombre. La dialéctica de la oposición entre Dios y el hombre, está alimentando todo el pensamiento de Marx. Sí Dios existe y es Creador del hombre, entonces no puede existir el hombre y menos ser creador de sí mismo. Porque lo que uno es y tiene, lo es y lo tiene a costa del otro. Pero como el hombre existe, y es creador de su propia historia, luego Dios no existe ni es creador del hombre. Cuando el hombre recurre a Dios lo hace determinado por una debilidad, una pérdida de sí mismo que le lleva a transferir imaginativamente en un superhombre los atributos que a él le faltan. Esa transferencia imaginativa no hace sino trabar el esfuerzo que el hombre debe emplear en su propia autocreación.

Por ello el proceso dialéctico le lleva al comunismo, no sólo a negar a Dios frente al hombre, sino a afirmar que el hombre es Dios. Debe ser suprimido un Dios fuera del hombre para que sea conservado un Dios en el hombre e inmanente en él. Marx tiene a este respecto un texto famoso, donde al mismo tiempo que establece la relación de la creencia en Dios con la propiedad privada, establece la supresión de la propiedad privada, con la supresión de la creencia en Dios y, final-

mente, del ateísmo superado que es la divinidad del hombre, con el comunismo superado, que es el verdadero comunismo. Dice el texto: "El ateísmo es, en cuanto supresión de Dios, el devenir del humanismo teórico, como el comunismo es, en cuanto supresión de la propiedad privada, la reivindicación de la vida humana real como siendo su propiedad, reivindicación que es el devenir del humanismo práctico; en otros términos, el ateísmo es el humanismo mediatizado por la supresión de la religión, y el comunismo es el humanismo mediatizado por la supresión de la propiedad privada. No es sino por la supresión de esta mediación —pero como por presupuesto necesario— que nace el humanismo procediendo positivamente de sí mismo, el humanismo positivo" [1]. En Marx, el ateísmo lo mismo que el comunismo no son una huída, una evasión, una mera privación, sino la verdadera afirmación del hombre. No se suprime a Dios para negarle, sino para afirmar que el hombre es Dios. No se suprime la propiedad privada que trajo el moderno desarrollo industrial para negarla, sino para adjudicar a la comunidad ese inmenso desarrollo industrial. Marx no se contenta con una ateísmo negativo, así como tampoco se contenta con un comunismo negativo, sino que quiere aprovechar y conservar los valores positivos de la religión —su fe en la divinidad— y los valores de la propiedad privada —su inmensa capacidad para desarrollar la producción industrial— e incorporarlos en su ateísmo militante y en su comunismo positivo. Su sistema quiere ser humanismo positivo que haga del hombre un Dios dedicado a producir riquezas. Una

[1] Manuscripto de 1844, Molitor, *Ecrits philosophiques*, VI, 85-86; ed. inglesa, pág. 114.

humanidad atea, creadora de una civilización técnica.

De este modo, con su ateísmo militante, la revolución comunista apura las consecuencias finales de la revolución religiosa cumplida por la reforma

En efecto, aquella revolución no suprimió a Dios ni tampoco a Cristo. Suprimió a la Iglesia. Es claro que al suprimir a la Iglesia, que es la realidad social viviente que nos pone en contacto con Cristo, la revolución protestante habría de aparejar como fruto lógico, el deísmo primero, el agnosticismo después y finalmente el ateísmo. Al atacar a Pedro, roca sobre la que se asienta la Iglesia, Lutero atacaba a Cristo y de este modo a Dios.

Después de la convulsión de la Reforma, que pudo provocar en muchos un sincero despertar religioso cristiano, se da en Europa el fenómeno de la incredulidad escéptica. El caso típico es Voltaire, que se mofa de Cristo, pero sigue creyendo en Dios, gran Relojero de este reloj que es el universo. Pero ya entonces, el golpe no se dirige contra la Iglesia romana, sino contra la persona adorable de Cristo. Todo el cientificismo se ha de armar para una lucha despiadada contra todos los libros que puedan aportar un testimonio histórico de Cristo, Dios-Hombre, que funda su Iglesia. El deísmo, vale decir, la creencia sólo en un Dios, autor de la naturaleza, alimenta la mente de los filósofos de los siglos XVII y XVIII. Cuán lejos estamos de las afirmaciones explícitas de los reformadores. Sin embargo, los filósofos no son sino sus hijos.

Pero el deísmo no puede mantenerse. Sin la luz sobrenatural de la Revelación cristiana, el hombre ha de claudicar de las mismas verdades naturales que puede adquirir con el buen uso de su razón. Todo el esfuerzo de la filosofía con Kant, ha de consistir en denunciar la incapacidad del hombre para conocer con certeza la existencia de Dios. El deísmo ha de terminar en el agnosticismo. Y como el hombre no puede vivir *razonablemente* sin Dios, o ha de trocar a Dios en la creatura —panteísmo— o ha de decretar, sencillamente, la muerte de Dios. Después de Kant, Hegel, Nietzsche y Marx. El ateísmo de Marx no es sino una herencia histórica de la herejía luterana.

Pero el comunismo de Marx apura también las consecuencias de la revolución política iniciada por la Revolución Francesa que arrebató al hombre su condición política para trocarle en un mero "*homo oeconomicus*".

La Revolución Francesa debilitó la majestad de la autoridad. Esta, en la concepción tradicional y teológica, venía de Dios y se orientaba hacia el bien de toda la comunidad; ahora se la hace derivar del pueblo y se la coloca al servicio de la clase poseedora de riquezas. En el Estado democrático liberal, el pueblo queda sometido a una burguesía voraz, que le condena a un duro trabajo en su propio beneficio.

Cuando aparece Marx, puede sostener sin temor de ser desmentido que el Estado político, o simplemente el Estado, constituye una alienación o desgarramiento que separa al hombre real de su verdadera humanidad. No existe la política como esfera superior en que se conciliarían los intereses divergentes y opuestos de las varias clases

que constituyen la sociedad civil. La política y el Estado surgirían cuando la sociedad civil se divide en clases surgiendo como órganos de poder de la clase dominante. Por tanto corresponde destruir el Estado. Y, en efecto, en la sociedad comunista, al menos en su fase final después que la dictadura del proletariado haya vencido completamente a la clase burguesa y ya no exista división de clases, tampoco tendrá razón la existencia del Estado. Y se extinguirá, enseña Marx en la *Crítica del programa de Gotha,* y repite Lenin en *El Estado y la Revolución.*

El hombre comunista es un hombre sin religión y sin política, sin relación con un Dios trascendente ni con sus semejantes. Y así el proceso que inicia la Reforma continuado luego por la Revolución Francesa ha de terminar en el hombre comunista, puro instrumento de producción de bienes económicos.

La destrucción de la *politicidad* del hombre, como una relación esencial constitutiva, es tarea propia y peculiar del liberalismo. La revolución comunista, supuesta aquella revolución previa, acometerá propiamente contra la *economicidad* que constituye la condición misma de la burguesía.

En efecto, la politicidad no consiste en la mera relación de *hombre a hombre,* sino en una relación de hombre a hombre que determine y dé nacimiento a una relación humana para la suficiencia completa del vivir humano, El hombre busca a otro hombre en cuanto quiere establecer relaciones de *pura humanidad.* Estas relaciones no la darán tan sólo bienes económicos sino sobre todo bienes intelectuales y morales. Pero al liberalismo los bienes intelectuales y morales no le interesan. Le interesa sólo la libertad que inter-

preta como el movimiento autónomo hacia la posesión de bienes económicos. El liberalismo, que da la preminencia social a la burguesía, no busca la verdad y el bien que constituyen propiamente el plano de lo humano, sino los beneficios económicos que hacen su bienestar animal. El poseer riquezas, sean naturales o artificiales, proporciona un goce específicamente animal. Es la relación del hombre con las cosas. En la sociedad liberal, si el hombre se junta a otro hombre y con él se relaciona no es por el hombre mismo, sino para ayudarse en su relación con las cosas y en disponer de mayores riquezas. Por ello, el burgués considera natural la explotación del proletario, porque sólo le interesa el rendimiento. La ciudad liberal no es, en definitiva, una sociedad *política*, de hombre a hombre, sino *económica*, de hombre a cosas.

La sociedad comunista, por su parte, no llega ni a esto. Al comunismo no le interesa propiamente la riqueza, le interesa el trabajo, que es instrumento productor de riquezas. No busca el vivir del hombre sino el *trabajar* del hombre. Marx lo afirma explícitamente y el comunismo recoge en esta materia como sagradas sus afirmaciones. En *La ideología alemana*, escribe Marx: "Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que empieza a *producir* (subrayado en el original, J. M.) sus medios de vida, paso éste que se halla condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material" (pág. 19). Y más adelante escribirá: "El primer hecho histórico, es, por consiguiente, la producción de los me-

dios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que es este un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace miles de años necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres". (pág. 27).

De aquí que el "Manual de Economía Política de la U. R. S. S."[2] pueda escribir, sin salirse de la más estricta ortodoxia marxista: "Para el paso al comunismo, tiene una importancia extraordinaria la educación comunista de los trabajadores, cuya tarea cardinal reside en la educación del nuevo hombre *que verá en el trabajo, la primera necesidad vital*" (subrayado por mí, J. M.). Y prosigue: "El trabajo comunista, en el más vigoroso y estricto sentido de la palabra —escribía Lenin—, es un trabajo gratuito en bien de la sociedad, un trabajo que se ejecuta no para cumplir un servicio determinado, no para adquirir derecho a determinados productos, no por normas establecidas y fijas de antemano, sino un trabajo voluntario, sin norma, realizado sin la mira de recompensa alguna, sin poner condiciones sobre la remuneración, un trabajo realizado por el hábito de trabajar en bien de la sociedad, y por la actitud consciente (convertida en hábito) ante la necesidad de trabajar en beneficio común; en una palabra, el trabajo como exigencia de un organismo sano"[3].

En el comunismo el supremo valor es *el trabajo productor de bienes materiales*. El hombre

[2] Editorial Grijalbo, Méjico, 1958, 2ª edición, pág. 588.

[3] V. I. Lenin, "*De la destrucción de un régimen secular a la creación de otro nuevo*".

mismo, ni aun su bienestar material, no interesa primero y directamente. Sólo interesa que trabaje y produzca, aunque no disfrute.

En el comunismo, el hombre, reducido a un puro instrumento de producción de bienes, es menos que un hombre y aun que un animal

El "homo oeconomicus" es propiamente producto de la sociedad burguesa. En ella el hombre está todo hecho para producir la mayor cantidad de bienes con el menor esfuerzo. Los economistas, sobre todo David Ricardo, nos han descripto las leyes de este "homo oeconomicus". Son las dos fundamentales, la ley del trabajo como valor de las cosas, y la ley de la lucha entre capitalistas y asalariados como condición de funcionamiento armonioso de la sociedad burguesa. Conciben la sociedad sometida a la ley del trabajo para el disfrute de los pocos afortunados que puedan cumplir el ideal del "homo oeconomicus", quien vive para la producción de bienes económicos y para el goce de los mismos.

Cuando Marx aparece en escena, ya va a encontrar situados todos los principios y premisas de los cuales debe partir para crear el "homo oeconomicus communista", que no aspira a ningún goce sino a ser una simple herramienta en la sociedad colectiva de producción. Como el trabajo, por ser trabajo, constituye la esencia de valor de las mercancías, el hombre comunista se dedica sin más a la producción de trabajo, que es una producción de valores.

Marx, partiendo de los principios de los economistas liberales, sostiene que hay que suprimir

aquella minoría de afortunados de la sociedad burguesa que realizaban el ideal del "homo oeconomicus" liberal. De una sociedad de capitalistas y trabajadores hay que obtener una exclusivamente de trabajadores. Hay que suprimir la propiedad privada de los medios de producción, esto es, del capital.

La tesis de Marx puede parecer consecuente. ¿Por qué, en efecto, sólo una minoría de afortunados debe gozar del trabajo de una multitud de asalariados? ¿Qué razón justifica que una multitud se afane para el goce de unos pocos? La sociedad medieval tenía sentido porque todo concurría a Dios. La sociedad del siglo XVII también lo tenía porque todo concurría al hombre. Pero la sociedad burguesa, ¿qué sentido puede tener que la justifique? ¿Cómo puede justificarse que una multitud deba trabajar en provecho del enriquecimiento puramente económico de un puñado de privilegiados?

Es claro que las razones que inducen a Marx a exigir, como ley de la realidad social, la expropiación de los explotadores burgueses por los proletarios no se fundan en esto.

Para Marx, siendo el trabajo el hecho primero y fundamental que produce la vida material del hombre, y por el cual éste se autocrea, no puede ser alienado en manos de unos pocos; los proletarios, cuya definición es, precisamente, ser trabajadores, es decir, no tener otra realidad social que la de producir con su trabajo, exigen por su condición desalienarse, o sea tomar el control y el gobierno de la producción. Así se autocreará el hombre nuevo, comunista, cuya necesidad primera la constituirá el hecho mismo de *trabajar* para crear riquezas y autocrear una humanidad nueva, que

será producto del incesante progreso técnico material desarrollado por el trabajo.

Pero sea por simples razones de sentido común, o con las más complicadas de un hegelianismo invertido, cabe preguntar: ¿Con la supresión de la propiedad privada levanta Marx a la condición de afortunados a todos los asalariados, o rebaja a la condición de asalariados a los pocos afortunados? Ya Aristóteles vió con mirada definitiva, contra Platón, que si se priva al trabajo del goce que le viene del estímulo de la propiedad privada, no queda otro recurso para la producción de bienes, siempre penosa, que el trabajo forzado. Y las razones de Aristóteles están fundadas en la psicología de la naturaleza humana, que muestra una permanencia de comportamiento que desafía las previsiones más halagüeñas de cualquier Utopía. El hombre, o trabaja para adquirir riqueza, o por miedo al castigo. La sociedad comunista, que suprime la propiedad privada, estímulo natural del trabajo, implanta, por lo mismo, el trabajo forzado. Ahora bien, en una sociedad donde el hombre es privado de vida religiosa y de vida política, y es condenado al trabajo forzado, ¿en qué condición se halla? ¿Divina, humana, animal o infraanimal? La respuesta se impone por sí misma.

Es cierto que Marx, en "El Capital", se esfuerza por afirmar la superioridad del trabajo del hombre sobre el de los animales, y así escribe: "Una araña ejecuta operaciones que semejan las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero hay algo en que el peor maestro de obras aventaja a la mejor abeja, y es el hecho de que antes de ejecutar la construcción la proyecta en su ce-

rebro. Al final del proceso de trabajo brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya *en la mente del obrero;* es decir, un resultado que tenía la existencia *ideal.* El obrero no se limita ya a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que al mismo tiempo *realiza en ella su fin,* fin que él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad. Y esta supeditación no constituye un acto aislado. El obrero debe aplicar su atención, sus fuerzas físicas y espirituales" [4].

Pero ese "ideal", esa "conciencia" del fin, esas "fuerzas espirituales" que en la concepción de Marx asignarían al hombre una superioridad sobre el animal, no las emplearía el hombre sino para *trabajar.* Están condicionadas, entonces, por su trabajo, y por él limitadas, El hombre no trabajaría para su expansión espiritual, sino que tendría fuerza espiritual para ejecutar un trabajo; y como el trabajo es siempre penoso, no se allanaría a trabajar sino por la fuerza. ¿No advierte Marx que precisamente si el hombre tiene fuerzas espirituales, las tiene como un *fin en sí;* y en consecuencia, si trabaja, trabaja para satisfacer sus necesidades materiales, que le disponen a la vida más alta del espíritu? ¿De qué le valdría tener espíritu, si éste no es puro medio para su vida de trabajador?

En definitiva, el hombre comunista no tiene el goce divino de la contemplación de Dios; no tiene el goce humano que proporciona la convivencia política; no tiene tampoco el goce animal del disfrute de los bienes económicos. Es un puro

[4] *El Capital,* Libro I, pág. 147. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1956.

trabajador esclavizado al trabajo en bien de la grandeza colectiva.

Las predicciones de Marx sobre el inevitable desenlace de la sociedad burguesa en la sociedad comunista se están cumpliendo, aunque no por las razones que invoca Marx

Marx sostenía, como es bien conocido, que la economía capitalista contiene en su seno los gérmenes de su propia muerte y el engendro de la sociedad comunista que la ha de sustituir. Ésta es la profecía de Marx, lo que llama "la gran ley dialéctica de la historia". Esta ley no es puramente automática, sino dialéctica, crítico-práctica, y la podemos resumir en los siguientes puntos:

a) En virtud de la producción capitalista, que busca la acumulación del capital acumulando la plusvalía arrebatada a los asalariados, la sociedad tiende a dividirse en dos polos, en los cuales se sitúan, a un lado, unos pocos poderosos capitalistas, y al otro el ejército de asalariados. "Todos los métodos —escribe Marx [5]— de producción de plusvalía son al mismo tiempo métodos de acumulación, y todos los progresos de la acumulación se convierten, a su vez, en medios de desarrollo de aquellos métodos. De donde se sigue que a medida que se acumula el capital, tiene necesariamente que empeorar la situación del obrero, *cualquiera sea su retribución*, sea alta o baja. Finalmente —añade—, la ley que *mantiene siempre la superpoblación relativa o ejército industrial en equilibrio con el volumen o la intensidad de la acumulación*, tiene al obrero encadenado al capital con

[5] *El Capital*, I, pág. 519.

ataduras más firmes que las cuñas de Vulcano con que Prometeo estaba clavado a la roca. Esta ley determina una *acumulación de miseria*, equivalente a la *acumulación de capital*. Por eso lo que en un polo es acumulación de riqueza, es en el polo contrario acumulación de miseria, de tormentos, de trabajo, de esclavitud, de despotismo, de ignorancia y degradación moral".

b) Esta presión de las necesidades sobre el proletariado, junto con la acción de algunos intelectuales, determina que aquél, así radicalmente encadenado y sin que se le reconozcan sus más elementales derechos, tome conciencia de su propia condición y de la opresión que sufre bajo el régimen capitalista, para organizarse junto con los intelectuales, en vistas de la gran revolución social que sepulte definitivamente al capitalismo e instaure la sociedad comunista.

c) Se establece un juego dialéctico de oposición recíproca entre el régimen capitalista, que multiplica inevitablemente los proletarios al mismo tiempo que los concentra en las grandes aglomeraciones industriales, y la fuerza del proletariado, que cada vez más, bajo una opresión mayor, toma conciencia de su fuerza, que también va en progresivo aumento.

d) "Conforme disminuye —escribe Marx— progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación, pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de pro-

ducción. *El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción* que ha florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llega a un punto en que ya son incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta salta hecha añicos. *Le llega la hora a la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados*" [6].

e) Entonces los proletarios implantan una férrea dictadura y toman el control total de la producción y de la distribución. En esta primera fase de la sociedad comunista se ha de imponer la regla de repartición "a cada cual según su trabajo".

f) "Después, en la fase superior de la sociedad comunista —escribe Marx—, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, cuando el trabajo sea no solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital, cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorros llenos los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá inscribir en sus banderas: «De cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades»" [7].

¿Qué debemos pensar de la gran ley de la historia de Marx? Esta ley, según como la enuncia y la expone Marx, no se cumple. En efecto, si ella pudiera ser cierta en el capitalismo concurrencial que conoció Marx en el siglo pasado, "no

[6] *Ibid.*, pág. 611.
[7] *Crítica del Programa de Gotha.*

es justa para un capitalismo que comporta el sindicalismo y todas las leyes sociales debidas principalmente al poderío de éste; ni para un capitalismo que, por lo demás, tiende, como lo vemos hoy a organizar racionalmente la economía mundial en vista de evitar la crisis, reabsorber la desocupación y asegurar la prosperidad en todas las regiones del globo"[8].

Además, el comunismo hasta ahora sólo ha logrado imponerse en países subdesarrollados, de tradición campesina más que industrial. No lo ha engendrado el mundo de producción capitalista, como lo exige la ley marxista, sino otras causas políticas e ideológicas, totalmente diferentes.

Sin embargo, si salimos de la problemática estrictamente marxista, hemos de reconocer que el comunismo ha hecho un gran avance y que continúa avanzando rápidamente. A un siglo de cuando escribía Marx "El Capital", el comunismo se ha implantado en Rusia, en los países de Europa Oriental, en gran parte de Asia, se está afirmando rápidamente en los pueblos africanos y pone pie —¡y con qué fuerza!— en América Latina. Un telegrama de Bonn aparecido en "La Razón" de Buenos Aires el 24 de septiembre de 1960, comunica que: "el canciller Konrad Adenauer declaró que ha llegado el momento de reconocer que la balanza del poder se ha inclinado decidida y peligrosamente en favor de la Unión Soviética".

¿Por qué penetra y avanza el comunismo? Se puede comprender este problema y descubrir su sentido solamente si se lo enfoca en la *perspectiva de la Revolución Anticristiana.* El comunismo es una etapa de esta revolución. Y ésta es una revo-

[8] Franz Grógoire, *La Pensée communiste,* Fascícule I, pág. 16, Louvain, 1955.

lución dinámica en la cual una etapa conduce a la etapa siguiente. Una revolución en la que el hombre camina hacia su disolución completa si en la providencia actual deja de estar sostenido por la Revelación y por la gracia cristiana. Es un dogma de fe que en su actual condición, si no lo conforta la Revelación, no puede el hombre conocer todas las verdades que hacen al patrimonio humano; y es también dogma de fe de que en su actual condición no puede practicar la ley natural sin la confortación de la gracia santificante y elevante de Cristo. Ahora bien, lo que vale para el individuo, vale también, y con mayor razón, para los pueblos y para las culturas. Sin la confortación de la ley y de la fuerza divina los pueblos van cayendo en un estado de degradación cada vez mayor. Podrán cumplir progresos parciales en aspectos exteriores al hombre mismo, sobre todo en la técnica de fabricación de artefactos, pero en lo que se refiere al hombre en cuanto hombre, en su comportamiento moral, social e individual, aquéllos irán cayendo cada vez en una condición más humillante, no sólo infrahumana, sino hasta infraanimal.

Cuando se produce la Reforma y se ataca la base del orden sobrenatural, que es la roca de Pedro, las naciones quedan desguarnecidas. Suprimido lo sobrenatural, aparece "el homo naturalis", el humanismo. Pero aquel orden sobrenatural era un sostén de lo natural. Lo natural, entonces, falto de sostén, camina hacia su ruina. Ruina de la razón, ruina del corazón. Los siglos naturalistas del XVI al XVII derivan hacia el homo animalis de la vida burguesa democrática, que busca sólo el disfrute de bienes económicos. Pero este disfrute no puede ser cosa si no de unos pocos

privilegiados, a costa del trabajo de los muchos. La sociedad burguesa, laica, democrática, capitalista, conduce por lógica interna a una sociedad atea, totalitaria, de economía de trabajo forzado. Así como el hombre, cuando lo abandona el alma —principio de su vida—, queda reducido a cadáver, y éste poco a poco, pero inevitablemente, camina hacia una mayor disolución, así la sociedad cristiana en que vivimos va alcanzando estados cada vez de mayores bajeza y disolución.

Un mundo que ha apostatado oficialmente de la Verdad y de la Gracia corre por pendiente propia a su disolución final, y por lo tanto al comunismo

El comunismo avanza hoy espontáneamente. Ya Babeuf, en plena revolución francesa, quiso implantar un régimen comunista. Pero las condiciones no estaban maduras. La burguesía y el homo animalis debían desenvolverse y actualizar antes todas sus virtualidades.

El comunismo avanza hoy de dos maneras, que a su vez se complementan. Avanza porque un centro mundial trabaja para hacerlo avanzar. Avanza, además, porque los pueblos, a consecuencia del debilitamiento en que han quedado por efecto del naturalismo y del liberalismo, no solamente no ofrecen resistencia, sino que se sienten dispuestos para darle acogida.

Al primer modo de avance se refiere Pío XI cuando en la "Divini Redemptoris" denuncia las causas de penetración, y dice: "Además, esta difusión rápida de las ideas comunistas que se infiltran en todos los países, lo mismo grandes que pequeños, en los cultos como en los menos des-

arrollados, de modo que ningún rincón de la tierra se ve libre de ellos, se explica por una propaganda verdaderamente diabólica, cual el mundo tal vez jamás jamás ha conocido: propaganda dirigida desde un solo centro y adaptada habilísimamente a las condiciones de los diversos pueblos".

Existe, entonces, en la enseñanza del Pontífice, un centro mundial que dirige la difusión del comunismo en el mundo. Y como alguien pudiera pensar que ese centro es Rusia, el Pontífice se adelanta a decir que no lo es, y, por el contrario, que ha sido la primera víctima de las maquinaciones infernales de ese centro mundial. Por eso añade: "Pero con esto no queremos en modo alguno condenar en masa a los pueblos de la Unión Soviética, por los que sentimos el más vivo afecto paterno. Sabemos que no pocos de ellos gimen bajo el duro yugo impuesto a la fuerza por hombres en su mayoría extraños a los verdaderos intereses de su país, y reconocemos que otros muchos han sido engañados con falaces esperanzas. Condenamos al sistema y a sus autores y fautores, los cuales han considerado a Rusia como terreno más apto para poner en práctica un sistema elaborado desde hace decenios. Y de allí siguen propagándolo por todo el mundo".

Por lo que enseña la *Divini Redemptoris*, existe un centro mundial de propagación del comunismo que ha logrado imponerlo como duro yugo sobre Rusia y otros pueblos. No hay que descartar que este centro mundial opere en combinación con otros centros de disolución que promueven la disolución anticristiana, y que la Cátedra Romana viene denunciando repetidamente desde Clemente XI *In Eminenti*, en 1738, y al que se refiere

particularmente la "*Humanum Genus*" del Papa León XIII. Tampoco hay por qué descartar que la unión de todos estos centros se haga sobre la base de un centro de mentira y crimen más principal que vendría operando, con odio anticristiano, desde la cruz a través de toda la historia cristiana, y que se conectaría directamente con el diablo, príncipe de este mundo. Está en todo esto implicado el misterio teológico del mal, que la Escritura nos presenta como toda una organización dirigida por el ángel caído que combatiría al cuerpo místico de Cristo [9].

Aquí corresponde retomar el problema del misterio del mal, que introduce en el universo el espíritu angélico y el espíritu humano. En la historia de los pueblos se traba una lucha, no pura ni primeramente carnal, sino de espíritus; una lucha entre Dios y Belial, entre Cristo y Satanás, cuyo agente primero y más directo ha de ser luego, después de su infidelidad, la Sinagoga.

De aquí que sea tan importante subrayar la relación que establece el mismo Cristo en su Evangelio cuando arguye contra los judíos y les dice: "Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre: Él es homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira". Estas palabras las dirigía Cristo a la sinagoga de su tiempo; pero como toda palabra de Cristo encierra una constante histórica, la sinagoga continúa y mantiene el mismo furor contra Cristo, el cristianismo y la ciudad católica que tenía entonces. Es un agente,

[9] Ver mi libro *El Judío en el misterio de la historia*. Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1959.

y muy principal, de la revolución anticristiana. Y como hijo del diablo, opera con la mentira y el crimen. Miente y mata. Por ello la revolución anticristiana miente también y mata. Y el comunismo, que es la etapa histórica de la revolución anticristiana de este momento, miente y mata.

Sinagoga y masonería son los agentes, encarnaciones del diablo, que movilizan el combate de la Contra-Iglesia a base de mentira y de crimen. En sus manos la revolución anticristiana se junta con el gran capitalismo financiero corruptor. Por ello el dinero y la publicidad ejercen una acción sistemática, de alcance gigantesco y escala planetaria que lleva el comunismo a todos los rincones de la tierra.

El comunismo avanza porque hay agentes que trabajan para su penetración. Pero el comunismo avanza también porque los pueblos han quedado desarmados ante esa penetración. Las ideas de naturalismo, liberalismo, democracia moderna, capitalismo, socialismo —lejos de ofrecer una defensa contra él—, operan como factores de ablandamiento que le preparan el terreno. El cristianismo diluído, lo que hoy se llama un "humanismo cristiano", también se lo prepara.

Son todas éstas formas degeneradas de la civilización cristiana auténtica, que han nacido como efecto de la Revolución Anticristiana. Si el comunismo es etapa última de la revolución anticristiana, ¿cómo se le quiere atacar eficazmente con una etapa anterior de ese mismo proceso? Por eso no "anda" el mundo occidental frente a la lógica de la penetración comunista. ¿Cómo puede "andar" si ante un avance impetuoso de formas que brotan lógicamente de las anteriores opone formas caducas y degeneradas? ¿Cómo puede atajarse al

ateísmo con el laicismo? ¿Cómo la democracia popular con la democracia liberal? ¿Cómo a un ejército mundial de masas semihambrientas que avanzan se las quiere atajar con las "maravillas" del capitalismo liberal que ha producido esa disimetría de la economía mundial?

Occidente, que se convierte cada día más en una poderosa máquina técnica sin alma, no ofrece ninguna resistencia sólida al comunismo que avanza. Por esto, precisamente, el avance. Y hasta corre peligro el Occidente de que puesto a disputar en el terreno puro de la técnica, también aquí lo arrolle el enemigo. Todo, por una razón llena de lógica.

En efecto, el comunismo, aun en Marx, tiene por objetivo la erección de una poderosa colectividad entregada febrilmente, con el trabajo de la inteligencia y de las manos, a la producción de bienes económicos. Para Marx, el hombre ideal es Prometeo, que, en la leyenda, arrebata el fuego al cielo para uso de los mortales. Prometeo quiere servir sólo a los hombres y de ningún modo a Dios. En su primer escrito, en su tesis doctoral de 1841, Marx nos presenta a Prometeo contestándole a Hércules, el mensajero de los dioses: "Jamás cambiaré mis cadenas por el servilismo del esclavo. Mejor es estar encadenado a una roca que al servicio de Zeus". Prometeo no quiere ser servidor de Dios. El hombre de Marx es ateo porque quiere ser completamente hombre. Y el hombre de Marx es un puro técnico, "*homo faber*". Con la ciencia y el trabajo de la colectividad levanta una ciudad de abundancia de bienes económicos, de la que, en frase del mismo Marx, "corran a chorros llenos los manantiales de la riqueza colectiva", de suerte que se pueda dar a cada cual

según sus necesidades. Por ello también el comunismo sueña con el hombre politécnico, que lo mismo pueda ejecutar el trabajo de un ingeniero que el de un obrero común. Leemos en el último Manual de Economía Política de la Rusia Soviética (pág. 586) que "el camino para alcanzar una diferencia sustancial entre el trabajo físico y el intelectual es el de elevar la preparación cultural de los obreros hasta el nivel de los ingenieros y técnicos. Y la preparación técnico-cultural de los campesinos hasta alcanzar el nivel de los agrónomos".

En la modelación de una humanidad tecnificada, el comunismo puede superar a Occidente. No se va a encontrar con los escrúpulos que los residuos de la moral cristiana han dejado en la sociedad occidental y que podrían impedir un manejo discrecional del hombre como si fuera un conejo de experimentación. ¿Por qué un puñado de hombres audaces en la mentira y en el crimen como son los comunistas, que disponen de los países subyugados, no han de poder organizar sobre una base científica inigualable toda una nación y todo un continente con un resultado técnico superior al del mundo occidental?

En Occidente, y de modo especial en nuestro país, el comunismo avanza por la incomprensión y desacertada actuación de las que debieran ser sus clases dirigentes

Este punto es sumamente importante. Ésta es una ley de toda sociedad en decadencia, que la historia confirma ampliamente. Un pueblo se deshace y se corrompe siempre por arriba, por sus clases dirigentes. Así lo confirma la misma histo-

ria de la revolución anticristiana. Si se verifica la revolución religiosa de la Reforma, es porque antes el clero, e incluso sus más altas jerarquías, habían defeccionado. Después del apogeo del pontificado en el siglo XIII, comienza la decadencia con el cautiverio de Avignon, el cisma de Occidente y los escándalos del Renacimiento. Cuando aparecen las herejías de Wycleff, luego de Huss y por fin de Lutero, la resistencia de la cristiandad es cada vez menor y acaba por desmoronarse. La sal se ha corrompido. La Revolución Francesa igualmente triunfa, más que por el empuje del tercer estado de la burguesía, por la defección de la nobleza e incluso de la familia real. El filosofismo y la disolución de costumbres habían entrado en los salones de la aristocracia de Francia, y hoy el comunismo avanza sobre todo por la defección de las clases burguesas que difunden en el pueblo el laicismo, el democratismo, y quieren todavía sujetar al asalariado a condiciones de hambre.

Lo que pasa en nuestro país en este momento es tremendamente aleccionador. Es fácil percibir que el comunismo trata de establecerse en Latino América. Lo de Cuba es un primer paso. Pues bien, ¿cuál es la situación de nuestro país en lo que a penetración comunista se refiere? ¿Qué factores lo introducen? Se da el caso paradojal de que sean nuestras clases dirigentes las más sensibles a su avance y las que coadyuven a su desarrollo, mientras que nuestros obreros, a pesar de que se los empuja, son reacios a emprender el camino. Al hablar de clase dirigente nos referimos a los universitarios y profesionales, a los empresarios, que tienen, en definitiva, el manejo de nuestra economía; a los dirigentes políticos y a los militares de las diversas armas.

Las universidades oficiales argentinas, que, por naturaleza, constituyen la matriz donde se generan nuestras clases dirigentes, están entregadas lisa y llanamente al comunismo soviético. La sociedad argentina dedica sumas fabulosas del erario público a la perversión sistemática de las inteligencias de lo que debe ser su mejor juventud y las clases dirigentes del mañana.

El comunismo ya tiene en el país su cerebro, que lo constituyen las universidades, en especial la de Bahía Blanca, Resistencia, La Plata, Buenos Aires y Córdoba. Estas universidades son tierra ocupada por el comunismo, que allí prepara en todas las profesiones los planteles de nuevos egresados que luego han de llevar sus ideas a colegios, instituciones, ambientes sociales. Por allí toda la juventud de la clase media que se educa en universidades, colegios secundarios, institutos, se está impregnando de una mentalidad filocomunista. La universidad dispone de poderosos recursos que le proporciona el Estado para su acción comunista. Estos recursos se emplean sobre todo a través de becas para financiar la acción de agentes comunistas. Fuera de lo que recibe del Estado también recibe dinero de instituciones privadas anticomunistas. Así el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que dirige el comunista Gino Germani, ha comenzado a recibir 260.000 dólares (60.000 el primer año y 50.000 los cuatro años siguientes) de la Fundación Ford. Hay que tener en cuenta que este Gino Germani está gestionando, además, que se implante la sociología como materia obligatoria en los colegios secundarios, donde irían como profesores sus alumnos y sus textos. Es un foco de propagación directa del comunismo. Otro foco es la Editorial de la Univer-

sidad de Buenos Aires, que está conectada con el Fondo de Cultura Económica de Méjico.

Lo importante es señalar que las universidades oficiales argentinas son *el cerebro* del comunismo en el país, papel que, como se sabe, corresponde siempre a las clases intelectuales. Pero el comunismo no avanza en ningún país con cerebro solo. Hace falta un cuerpo. Y el cuerpo sólo se lo puede dar la masa asalariada. De aquí el trabajo que se está operando a paso rápido para crear este cuerpo que se acople a la cabeza ya fabricada.

A pesar de todos los avances en técnica de penetración y propagación realizados por el comunismo en estos últimos cincuenta años, primero con las experiencias de Lenin y luego con la de Mao Tsé Tung, hay que reconocer que, sin embargo, sigue en pie el esquema fijado por Marx. El comunismo avanza y se implanta por causas objetivas y subjetivas. Para que una sociedad dada evolucione hacia el comunismo es necesario que se produzcan condiciones de oposición de unas clases contra otras, de los burgueses contra los proletarios. Esa oposición debe ser sobre todo económica y se funda en una irritante distribución de la riqueza, de suerte que mientras una minoría detenta los instrumentos de producción, la masa de la población vése obligada a someterse al trabajo asalariado en favor de una minoría a cambio de una paga miserable e insegura que ésta le proporciona. *Esa situación suministra las condiciones objetivas en que se desarrolla el comunismo.* Pero éstas no bastan. Hace falta que la clase explotada tome conciencia de estas condiciones que configuran su explotación. Pero a su vez esta clase no puede tomar conciencia por sí y directamente de su situación objetiva. Marx no da ninguna razón

de por qué no puede tomar conciencia; se limita a la comprobación del hecho. Y por ello en *La Contribución a la Filosofía del Derecho de Hegel* recuerda la necesidad de que los intelectuales se pongan a la vanguardia del proletariado para hacerle tomar conciencia de su situación objetiva de explotación. Así la explotación de objetiva se hace al mismo tiempo subjetiva, lo cual permite poner en práctica la dialéctica o la praxis comunista, que es siempre un movimiento *crítico-práctico,* es a saber, una toma de conciencia por parte de la clase proletaria de su situación de explotación y, por consiguiente, un proceso revolucionario para apoderarse del poder, y con él desalojar a la burguesía e implantar la sociedad comunista.

De esta suerte la dialéctica revolucionaria por la que se implanta el comunismo exige necesariamente, en cuanto *crítica,* la colaboración de *intelectuales* —un cerebro—; y en cuanto *práctica,* la acción de la masa de la población: un cuerpo.

Sin embargo, sería un error pensar que el comunismo penetra en algún país como comunismo porque la mayoría de la población, aun de la asalariada, lo reclame y lo implante. El comunismo necesita introducirse bajo una máscara engañosa. El comunismo es siempre obra de una minoría mentirosa, criminal, que logra imponerlo con el fraude y el crimen a toda una nación. Por ello es también un grave error decir que un país no puede ser comunista porque es muy rico y no quiere serlo. Ningún país quiere ser comunista. El comunismo se implanta siempre contra la voluntad del país, como efecto de un plan puramente criminal y artificial.

El comunismo en nuestro país tiene su cerebro. Le hace falta un cuerpo. ¿Cómo se prepara ese cuerpo? He aquí lo que debemos examinar.

Es un error pensar que el comunismo se propaga principalmente por la persuación, por la prédica de sus ideas. El comunismo es una pobre doctrina. Pío XI, en la *Divini Redemptoris*, se pregunta: "¿Pero cómo un tal sistema, el del comunismo, anticuado hace ya mucho tiempo en el terreno científico, desmentido por la realidad de los hechos, como decimos, semejante sistema ha podido difundirse tan rápidamente en todas partes del mundo?". Y responde Pío XI: "La explicación reside en el hecho de que son muy pocos los que conocen a fondo lo que se proponen y a lo que realmente tienden los comunistas".

El comunismo no se difunde por la enseñanza de su doctrina, de hombre a hombre. El comunismo se difunde haciéndole practicar, poniéndolo en práctica.

Y la práctica del comunismo es la dialéctica, pero no la dialéctica como artificio de razonamiento, sino la dialéctica de la acción.

¿Qué es la dialéctica de la acción? [10]

La dialéctica, que usan los comunistas, viene de Marx, el cual, a su vez, la toma de Hegel. La dialéctica trata en todas las cosas de buscar las contradicciones, las oposiciones, la lucha. De crear dos polos, de los cuales el uno se vuelva necesariamente contra el otro en forma recíproca. Pero Hegel aplicaba la dialéctica a las ideas. Los comunistas la aplican a la sociedad. Hacen jugar la

[10] Sobre este punto, Jean Maridan, *Itinèraires*, 41.

dialéctica en una sociedad ya dividida, con divisiones de religión, de política, de raza, de intereses económicos y sociales.

La dialéctica consiste precisamente en eso, en buscar en todo la lucha, la contradicción, lo que divide. La dialéctica considera que en toda realidad social se encuentra una contradicción interna, clave de su evolución ulterior.

La sociedad llamada capitalista oculta una contradicción interna entre capitalistas y proletarios. Esta sociedad ha de evolucionar en la medida en que la contradicción entre las dos clases, haciéndose cada vez más violenta y aguda, llegue a un punto de ruptura.

Siempre existen posibilidades de contradicciones internas, realmente preexistentes o artificialmente provocadas, que en uno u otro caso serán considerablemente amplificadas y exacerbadas por la agitación y propaganda: entre explotadores y explotados, burgueses y proletarios, imperialistas y antiimperialistas, blancos y negros, laicos y libres, reaccionarios y revolucionarios.

Que estas contradicciones sean reales o ficticias, al comunismo no le interesa. Tampoco le interesa hacerlas desaparecer. Al contrario, el comunismo quiere arrastrarnos a la práctica de la dialéctica, quiere hacernos entrar en su mecanismo, para que, conscientes o no, la practiquemos. La realidad concreta de esta práctica de la dialéctica consiste en explotar la existencia de dos campos políticos a propósito de cada contradicción, o en crearlos, si no existen, uno de los campos siendo bautizado como "campo de la clase obrera", que debe luchar contra el otro campo hasta su total eliminación.

La línea de limitación entre los campos puede ser más o menos arbitraria; basta que el partido comunista esté en condiciones de imponer a las conciencias, por el volumen de su influencia y de la publicidad, que adopten la línea de demarcación que ha trazado y no otra. Esta línea de demarcación nunca ha de ser presentada como entre comunistas y no comunistas, porque es precisamente la única línea que impide de hecho organizar la colaboración.

La línea de demarcación, inventada o explotada, ha de serlo entre burguesía y proletariado, imperialistas y anti-imperialistas, oligarquía y pueblo, etc., pero jamás entre comunismo y anticomunismo. Precisamente esa demarcación que excluye la oposición comunismo-anticomunismo, permite al comunismo atraer hacia sí, poco a poco, a vastos sectores anticomunistas, y atraerlos haciéndoles practicar el juego dialéctico que ellos imponen a la opinión pública.

Hay que sacer hincapié en esto. El comunismo busca atraer hacia sí a los no comunistas. Para ello tiene que ofrecerles disyuntivas, (que no sean precisamente comunismo-anticomunismo), y en las que tomarían partido, colocándose del lado en que se coloca el comunismo. Así por ejemplo la disyuntiva o imperialismo o anti-imperialismo. De suyo, no hace falta ser comunista para ser anti-imperialista. Pues bien, el comunismo de tal modo hará jugar esta disyuntiva, *o imperialismo o anti-imperialismo*, que, por un lado dividirá a la población de un país, en imperialista y anti-imperialista, y luego va a tratar de reservarse el manejo del anti-imperialismo, con lo que, por lo mismo, manejará como a suyas todas las fuerzas anti-impe-

rialistas, incluso a las que no quieren ser comunistas.

Producido el juego dialéctico entre dos campos de lucha, los de un campo se autopersuaden que los del otro campo son un enemigo que hay que destruir totalmente. Para que la dialéctica funcione, basta que haya adversarios de la ideología comunista que adopten como objetivo concreto, provisorio, limitado, el objetivo que el comunismo propone para este momento, o sea, la eliminación política del enemigo designado.

Entre los dos campos, la propaganda y la influencia comunista excita y desarrolla la tensión de suerte que se acelera al proceso de la evolución de la sociedad dada conforme a las teorías de Marx, pero no se contenta con acelerar. El comunismo organiza. Es decir, no elige cualquier contradicción interna en cualquier contrariedad social. No se ocupa de todas las contradicciones al mismo tiempo. No se ocupa tampoco de dar prioridad a las que se presentan como objetivamente más actuales. Sino que escoge. Escoge según *un plan de estrategia mundial.*

A su vez, el carácter mundial y organizado de esa estrategia está disimulado por la *táctica;* esta, la única que alcanza al público, la única que le solicita, nunca habla de participar en una relución universal comunista; dice simplemente que en algunas partes hay algunas injusticias y que ésa y no otra hay que combatir en este momento.

No importa que uno no sea comunista. Ya se hará si entra en ese juego dialéctico que tácitamente le propone el comunismo. "Ciencia ciertamente criminal de la propaganda" le llama Pío XI a esta política concreta de la dialéctica de la acción. Por ella, penetra el comunismo en to-

dos los campos, incluso en la de los que no quieren el comunismo.

El gran juego dialéctico en Argentina:

En la Argentina, el comunismo necesita un cuerpo. Este cuerpo no se le puede dar si no se opera en gran escala sobre la masa más numerosa de la población y sobre la Nación misma. Para ello hay que operar con grandes fuerzas de poder, fuerzas internacionales y también fuerzas nacionales.

La célula comunista que en este momento está operando *en el plano público del poder político* es la de Frigerio-Machinandiarena-E. Aragón-Hojvat, vinculada directamente con Frondizi por una parte, y con Perina, Babini, Vítolo, Smuckler, Mazar Barnet, etc. Esta célula no representa las exigencias máximas del programa comunista. *Practica un comunismo dosificado a las posibilidades de penetración en el país en este momento.* El comunismo nunca quema etapas.

Este punto es también de la mayor importancia. El comunismo calibra al milímetro las posibilidades de su punto de penetración y arraigo en una sociedad dada. Por ello necesita operar a veces con agentes que no sean reconocidos como comunistas o que si lo han sido, aparezcan como conversos o expulsados del partido.

Esta célula, a su vez recibe órdenes y está instrumentada por el comunismo que opera desde un centro mundial, según la enseñanza de Pío XI en Divini Redemptoris, en el que se conecta con el super capitalismo financiero judío. El agente de ese super financiero capitalismo judío, entre nosotros es el Banco Kuhn Loeb and Co., que controla

directamente las inversiones petroleras de nuestro país e indirectamente las otras radicaciones de capital.

Detrás de este super capitalismo financiero internacional judío está también el Departamento de Estado de los Estados Unidos, cuya burocracia ha sido denunciada repetidas veces como minada por los comunistas. De aquí que las embajadas americanas, al menos en América Latina, no ofrezcan garantía, sino por el contrario, contra la penetración comunista.

¿Cuál es en concreto la dialéctica de la acción que ha puesto en juego esta célula comunista, a quien le corresponde el turno para este momento de nuestra vida política?

Pues, apurar y agudizar, la oposición entre *capital internacional-oligarquía criolla* por un extremo y en uno de los polos, y por el otro y en el otro polo *Nación-pueblo*. Para ello, se ha recurrido al plan del Fondo Monetario Internacional [11], el cual ha preparado para el país un plan que, al tiempo que pasa al capital internacional nuestras fuentes de riqueza, somete a empobrecimiento a la Nación y al hambre a nuestra masa asalariada. Con este plan se ha conseguido quitar de entrada 70.000 millones de pesos del sector asalariado y pasarlos al sector privilegiado, sobre todo al exportador. Así se agudiza la situación social pues a una minoría cada vez más reducida de adinerados en uno de los polos corresponde una masa de empobrecidos en el otro.

Por otra parte, el plan de entrega de nuestras

[11] Eustace Mullins, *The Federal Reserve conspiracy*, *Comon sense*. New Jersey, 1954 y B. Wiekliffe Vennard, *The Federal Reserve corporation*, Meador, Boston, 1957.

fuentes de riqueza al capitalismo internacional, implica el sometimiento de la Nación al capital extranjero y el empobrecimiento de nuestra economía nacional. El capitalismo internacional opera en nuestro país a modo de sanguijuela que chupa nuestra riqueza y nuestro trabajo.

La oligarquía criolla, por incomprensión o por egoísmo, ha sido utilizada para este plan de entrega y de hambre, sin medir las consecuencias finales, pues a la postre será también ella víctima de los actuales victimarios.

¿Qué pasa con esta primera acción de favorecer económicamente a un sector privilegiado y extranjero? Que en el otro extremo —el polo nación-masa asalariada— se produce el empobrecimiento y estrechez. Esto determina que este polo se vuelva contra el otro y lo acuse de imperialista y explotador.

Con ello el juego dialéctico de lucha y oposición comienza a funcionar.

Por un lado capital extranjero y en especial anglo-yanqui con la oligarquía criolla, por el otro, la masa de la población y de la Nación. Imperialismo-oligarquía contra anti-imperialistas y obreros.

El juego dialéctico se va a agudizar. El polo de la población oprimida, conturbada por agitadores profesionales, va a comenzar a rebelarse y a colocarse en estado de tensión. Huelgas y terrorismo. Entonces el otro polo va a lanzar su denuncia de comunismo contra el polo en rebelión. Y aplicará por la fuerza militar y policial un plan de represión. —Plan Conintes— el cual tendrá como resultado exacerbar al polo de los oprimidos. Así el juego dialéctico trabaja como un

tirabuzón o como un taladro agudizando la división del país, y con ello el avance del comunismo.

Mientras tanto, se tomarán una serie de medidas colaterales y parciales que han de tender a ser odiosas ante el pueblo las dos instituciones que son la garantía contra el comunismo, Ejército e Iglesia. Al Ejército se le hará odioso utilizándolo como instrumento de represión puramente policial. Redada y detención de elementos sindicales, torturas, guerra revolucionaria contra la población y contra los obreros. A la Iglesia, se la tendrá adicta con una serie de concesiones que por otra parte le corresponde por derecho. Enseñanza libre, favores, dádivas, ayudas, subvenciones y toda complacencia en una esfera superficial de la vida nacional. Con esta política se lograrán dos efectos importantes. Por un lado, tenerla adicta a un gobierno que por otro conducto desarrollará comunismo, por el otro, hacerla odiosa al pueblo quien la mirará no como su defensora en sus sufrimientos, sino como aliada del poderoso opresor.

El éxito de esta célula comunista

Hay que reconocer que la célula comunista que está operando en el primer plano de la vida pública de poder en el país, ha logrado, por el momento, un éxito completo.

Primeramente, ha conseguido imponer un plan de entrega y de hambre que se viene cumpliendo inexorablemente. Desde aquellos contratos petroleros celebrados hace dos años con el Banco Kuhn Loeb and Co., el proceso de entrega de nuestras riquezas, petróleo, electricidad, petroquímica, ha avanzado mucho. El sometimiento del pueblo al plan del Fondo Monetario Internacional ha ido

haciéndose cada vez más estrecho. Con ello, la célula ha conseguido afianzar firmemente uno de los brazos de la dialéctica, el brazo del imperialismo y del capitalismo. Al mismo tiempo le han sacado provecho a la instalación de este brazo.

Sabido es que su instalación ha redituado sumas fabulosas, en carácter de comisión, a los que han contribuído a instalarlos, lo que a su vez les proporciona recursos para operar sobre el otro brazo de la dialéctica.

También ha tenido éxito completo esta célula comunista en el funcionamiento del otro brazo de la dialéctica, el brazo anti-imperialista y anti-capitalista.

En efecto, desde hace dos años aquí ha crecido enormemente en los sectores más numerosos de la población el sentimiento anti-imperialista y anti-capitalista y, con ello, ha crecido de modo pavoroso el comunismo bajo formas más o menos francas.

Pero además esta célula ha conseguido sacar provecho directo de este otro brazo de la dialéctica. Primero, con el famoso pacto, ha conseguido los votos que le llevaron al poder que hasta ahora sigue detentando. Segundo, con los grandes recursos de que dispone o sino, recurriendo a la fuerza del poder que está a su servicio, soborna a dirigentes sindicales de las organizaciones gremiales. Es curiosa la labor que realizan en este aspecto. Cuando el soborno no logra efecto para atraerse a un dirigente sindical, le hacen meter preso, y luego, ya entre rejas, le envían emisarios que le persuadan de la conveniencia de trabajar para su causa. De esta manera se está corrompiendo e instrumentando por el comunismo todo el campo de la organización gremial.

También esta célula ha tenido éxito completo en la acción colateral que el comunismo ha venido cumpliendo estos ultimos años. Ha logrado aumentar en el pueblo el desprestigio de las fuerzas armadas. Sin embargo, no hay que engañarse. A pesar de todos sus errores, nuestras fuerzas armadas todavía son la única garantía sólida contra la penetración comunista.

También ha tenido éxito esta célula en su tarea de comprometer a la Iglesia y de hacerla aparecer como aliada del imperialismo y enemiga del pueblo.

El hecho es que la Iglesia aquí entre nosotros, a pesar del despliegue que se empeña en efectuar en el campo religioso, aparece ante el pueblo y ante los humildes cada vez más comprometida con el brazo imperialista y capitalista.

Finalmente la célula ha tenido un éxito ruidoso en su tarea de debilitar al nacionalismo auténtico, popular y católico y de favorecer al nuevo nacionalismo filo comunista que se está perfilando.

Ha debilitado al nacionalismo auténtico, lográndolo dividir. Y así, una fracción importante y con valores que se consideraban de gran jerarquía en el nacionalismo hasta hace contados años, está hoy al servicio incondicional de esta célula comunista. No hace falta dar nombres ni indicar el precio que se paga por tales servicios.

Ha favorecido igualmente la formación y crecimiento del nacionalismo filo comunista que se está perfilando. Con poderosos recursos obtenidos en parte de los servicios prestados al capital extranjero, sobre todo petrolero, financia publicaciones, movimientos, acercamientos del nacionalismo y el comunismo que produce estragos en el campo gremial.

Aunque destaquemos la fuerza y el éxito que ha obtenido hasta ahora la célula comunista, conviene admitir que si, en un plazo breve, al comunismo le conviene para sus planes de avance en el país, deshacerse de ella y dejar paso a otra célula, más progresista, no titubeará un segundo en hacerlo. Aunque el comunismo no quema etapas, tampoco se aferra a etapas que considera superadas.

El gran juego dialéctico determina el avance del comunismo

En nuestro país, no es difícil percibir el gran juego dialéctico en que el comunismo nos tiene envueltos y en que nos va aprisionando y atenazando y que, si con la ayuda de Dios, no atinamos a romper, acabará inevitablemente por llevarnos a una dictadura comunista, fin último de toda su estrategia.

El juego dialéctico que se cumple entre nosotros está subordinado al juego dialéctico de penetración comunista latinoamericano, cuya pieza maestra en estos momentos lo constituye Cuba, y subordinado al juego mundial que es la lucha contra Occidente.

En este juego dialéctico se hace intervenir de modo más o menos activo, más o menos también consciente, a todas las fuerzas del país, a las que no quieren ser comunistas, a las que quieren serlo, y ello según la intensidad de su deseo, y a las que no saben qué quieren.

Es evidente que lo que se está buscando por ahora no es un pronunciamiento del país en favor del comunismo soviético. Esto no podrá conseguirlo por ahora. Pero lo que está buscando es un pronunciamiento del país, un pronunciamiento público

y de poder, contra el imperialismo capitalista. Para que esta operación resulte se están apurando dentro y fuera del país las causas que hacen sentir la dominación financiera internacional entre nosotros y la imposición de un plan de hambre y de persecución policial contra nuestra masa trabajadora que se resiste al comunismo. Se quiere deliberadamente que aumente la injusticia, la injusticia social, en el plano interno, y también en el plano internacional. No es difícil disfrazar esa injusticia y los motivos que la justifiquen con razones de bien público. No es difícil conseguir tampoco, la complicidad de las que debían ser nuestras clases dirigentes para cumplir un plan de opresión del país y de nuestra población mansa y resignada. Y nuestras clases pudientes, y ellas encierran a ganaderos, empresarios, funcionarios, militares, etc., en este momento del mundo en que el comunismo amenaza apoderarse de los resortes del gobierno mundial, se prestan a perpetrar la gran injusticia social en que vive el país; injusticia que salta a la vista pues mientras vemos a la masa de la población sometida a un plan de austeridad, el sector privilegiado no sabe en qué gastar sus recursos. Mientras nuestro pueblo sufre, el gran mundo se divierte.

Esto es por lo que respecta a nuestras clases dirigentes que, en su mayoría, no quieren al comunismo. No lo quieren, pero son cómplices de la gran injusticia social que en estos momentos provoca el comunismo. Y ante esta injusticia pública y notoria, ¿qué hacen las fuerzas pro-comunistas del país? Pues están actuando activamente con células de agentes de provocación en organizaciones políticas, culturales, gremiales, en fábricas, clubes y barrios para activar el sentimiento antimperia-

lista de la población. Y el mismo sentimiento nacional que hasta hace diez años era, en nuestro país, exclusivamente cristiano, está hoy poderosamente canalizado por el comunismo. Esta tarea, en efecto, de penetrar en este campo la empezó, de un manera sistemática y organizada, el comunismo allá en 1949. Rodolfo Puiggrós, Abelardo Ramos, Eduardo B. Astesano, tuvieron a cargo esa misión. "Presencia" lo denunció en su momento, en un artículo clarividente, que se intitulaba "Hacia un nacionalismo marxista". De entonces a aquí, la penetración se ha hecho profunda y organizada. El comunismo ha logrado copar instituciones que se consideraban hasta hace algunos años baluartes contra el comunismo.

Además, el comunismo ha conseguido la colaboración habitual en este *nacionalismo marxista*, de conspicuos nacionalistas. Las victorias del comunismo en este terreno son de notoria significación.

Se cumple en estos momentos una acción intensísima para que nuestras masas populares tomen posesión junto a Cuba comunista. Por ahora no lo han logrado. Pero es evidente que la resistencia va cediendo, y que si la injusticia persiste, el comunismo acabará, como decíamos antes, por encontrar en la masa de nuestro pueblo el cuerpo que ya tiene su cerebro en nuestras universidades.

Sobre una injusticia se está cumpliendo el gran juego dialéctico que el comunismo explota en estos momentos, y que puede llevarnos, o mejor, nos está llevando a una situación similar a la de Cuba. Nuestras clases responsables han de advertirlo a tiempo. Puede llegar un momento en que sea demasiado tarde,

Advertir que el comunismo avanza y advertir cómo avanza. Que avanza, es cosa que se hace notoria a quien tiene un poco de sensibilidad social. Pero advertir cómo avanza es bastante más difícil, porque la mayoría cree que el comunismo avanza por la propaganda directa en favor de la idea comunista. Y esto no es cierto. Aun en el campo universitario, donde el comunismo actúa más desembozadamente, lo hace ocultando su acción y su fin bajo la máscara de fines científicos, profesionales, universitarios o humanos.

Este juego dialéctico *imperialismo-oligarquía contra nación-pueblo* está jugando poderosamente en la penetración del comunismo en nuestro país, con mucha más eficacia y con mucho más peligro que la misma penetración ideológica, que se está efectuando a su vez en el sector universitario y cultural del país.

Esta penetración del comunismo en nuestro país debe advertirlo sobre todo el sacerdote y el militar. El comunismo no penetra por una acción de prédica que abiertamente se oponga a nuestra fe religiosa. El comunismo penetra por la dialéctica de la acción que toma arranque de injusticias reales o aparentes —peor si son reales— y que las hace jugar dialécticamente oponiendo una parte del país a la otra parte, y unos pueblos a otros pueblos, en una lucha sin cuartel que ha de acabar con la dominación de los unos sobre los otros.

Lo grave, terriblemente grave de este gran juego dialéctico en que el país está aprisionado, es que pareciera no tener solución.

La dialéctica actúa como una tenaza. Uno de sus brazos determina la acción del otro brazo. Hay un tal antagonismo entre un sector de la población, el más pudiente, y el otro sector menos fa-

vorecido, que cada uno parece creer que su bienestar se ha de realizar a costa del otro. Este juego dialéctico posiblemente no es de hoy entre nosotros. Pero hoy está alcanzando un grado muy agudo de oposición. No voy a entrar a examinar a quién cabe la responsabilidad de su agudización. Pero es claro que las clases dirigentes que tienen la conducción del país no pueden descargar su responsabilidad. Deben percatarse de este gran juego dialéctico que está horadando nuestro ser nacional. Si hay un juego dialéctico que opone una parte del país contra la otra parte, hay que hacer un esfuerzo serio, venciendo cualquier repugnancia para superar esa dialéctica. A la lucha hay que oponer la armonía. Eliminar las causas de divisiones y propiciar la convivencia entre todos los argentinos. En esto consiste la sabiduría del arte cristiano de gobernar. El maquiavelismo, en cambio, divide para reinar. Pero este maquiavelismo en este momento crucial de los pueblos determina como causa principal el avance del comunismo.

El gran juego dialéctico comunista es la última etapa destructiva de la Revolución Anticristiana

El gran juego dialéctico tiende por naturaleza a desunir, a dividir, a destruir. El comunismo es esencialmente destructor, como lo es la Revolución Anticristiana. Así como Cristo es amor y el amor une, la ciudad cristiana tiende a la unión. Unión de las fuerzas armónicas de capital y trabajo, de ricos y de pobres, que entran en el proceso de la producción y distribución de las riquezas. Unión de las fuerzas económicas con las po-

líticas —funcionarios, intelectuales y militares—, para edificación de la ciudad. Unión de las fuerzas económicas, políticas y religiosas —armonía del Estado con la Iglesia— en la edificación de la Ciudad Católica. De la feliz armonía de lo diverso nace la paz y la prosperidad auténtica, la abundancia de valores económicos, culturales y religiosos que hacen feliz a un pueblo.

La Revolución Anticristiana es esencialmente destructiva. Y para destruir, divide. Divide primeramente a los pueblos como pueblos de la Iglesia de Cristo. Cumplida la primera Revolución de la Reforma, se rompe la Cristiandad y aparecen los nacionalismos. Se rompe la unidad religiosa y aparecen las rivalidades de secta. Se rompe la unidad del hombre cristiano y aparecen los humanismos. Se separa la política de la religión y la filosofía de la teología. El hombre queda desgarrado.

Con la segunda revolución se produce un desgarramiento aún mayor, aun dentro del hombre, como hombre. Se separa al hombre de las leyes que le impone su naturaleza racional, y el hombre queda entregado al capricho de sus instintos libertarios. El hombre de Rousseau es el hombre de los sentimientos instintivos frente al orden de la razón. Y el "homo oeconomicus" de los economistas liberales es la economía frente a la política.

Con la Revolución Comunista se produce un desgarramiento total de todos los valores que perfeccionan al hombre: supresión total de Dios, supresión de la vida filosófica y cultural, supresión de los goces de la familia burguesa; el hombre, sin destino trascendente, convertido en una tuerca de la gran maquinaria que es la ciudad comunista; el hombre puro productor de bienes económi-

cos, queda metido en un engranaje que necesariamente lo desgarra y lo tritura. Un engranaje que quiere hacer de él una herramienta puramente productiva, cuando por todo su ser y su destino está hecho para gozar. Porque si trabaja, no lo hace por trabajar, sino para el disfrute sensible, para el disfrute intelectual y para el disfrute divino. De aquí que el comunismo sea una maquinaria de desgarramiento del hombre para desviarle de todo lo que dignifica y perfecciona, de lo divino, de lo humano y aun de lo sensible, y convertirlo en una pura herramienta. El hombre sólo pertenece a la colectividad para efectuar dentro de ella, por la fuerza, el trabajo que se le asigne.

En virtud del sistema comunista, el hombre queda totalmente destruído. Ello no impide que pueda ser utilizado como pieza para cualquier ciudad anticristiana. Pero en el camino mismo de la destrucción no parece posible avanzar y llegar a un grado más inferior.

El comunismo, al destruir totalmente al hombre, al hombre de la ciudad católica, lo deja en condición de informidad, como una pasta maleable sin ninguna estructura, listo para recibir dócilmente cualquier conformación que se le quiera imponer.

El comunismo aparece así como la última etapa de un proceso destructivo y revolucionario que logra imponerse sobre la Ciudad Católica que había creado la Iglesia sobre las ruinas del imperio romano. Existe una continuidad cronológica y operativa en el proceso revolucionario. Bajo este aspecto no hay tres revoluciones sino una sola Revolución. La Revolución en que los príncipes de la tierra se confabulan contra Yavé y contra su Cristo. Rompamos, dicen, sus coyundas, lejos de nos-

otros arrojemos sus ataduras. (Salmo 2, 2). La Revolución Anticristiana por excelencia. Explicar esta Revolución de manera exhaustiva nos exigiría fundar toda una teología de la historia, lo cual va más allá de los límites del presente libro.

Baste decir que la historia se cumple de un modo especialísimo bajo la mano providencial de Dios, quien se propone en la realización histórica la consumación del Cuerpo místico de los elegidos, cuya cabeza es Cristo, Todo pertenece y se realiza a causa de los elegidos. Los elegidos pertenecen a Cristo. Cristo es de Dios. "*Todo es vuestro, y vosotros de Cristo y Cristo de Dios*" [12]. Dios cuida con una providencia especial que todos los acontecimientos se dirijan y ordenen al cumplimiento de este divino plan. Dios tiene también sus instituciones que de un modo positivo y directo se ocupan de la realización de este plan. Y la Iglesia, con su poder de enseñar, regir y santificar, no sólo a los individuos, sino también a los pueblos y civilizaciones, es "aquel monte de la casa de Yavé que será ensalzado sobre los collados y al que correrán todas las gentes y vendrán muchedumbres de pueblos diciendo: Venid, subamos al monte de Yavé, a la casa del Dios de Jacob, y Él nos enseñará sus caminos e iremos por sendas, porque de Sión ha de salir la ley, y de Jerusalem la palabra de Yavé" [13].

La Iglesia, aunque su destino definitivo sea el de la vida futura, logró edificar aquí en la tierra una ciudad que, aunque imperfecta como todo lo humano, ostenta las condiciones esenciales para ser y denominarse católica. Pero una ciudad católica es una realización muy difícil, que sólo pue-

[12] I Cor. 3, 22.
[13] Isaías, 2, 2.

de darse *milagrosamente*, bajo la acción de una providencia especial. El hombre ha quedado de tal suerte herido en el estado que viene a este mundo en sus facultades naturales, que cuando se ordena sobrenaturalmente queda en un estado de equilibrio inestable muy difícil de mantener. Necesita de la gracia para mantenerse en ese estado. Gracia que se le da si la pide, pero gracia que es un puro don. Lo que vale para un alma vale para una civilización. La civilización o ciudad católica es un milagro. Tiene muchos enemigos interiores y exteriores. Los enemigos interiores provienen del mismo hombre, que si no es muy humilde para sostener el don divino, va a flaquear, caer, y perderlo todo. Los enemigos exteriores son el diablo, príncipe de este mundo, y los pueblos judío y pagano que van a tratar con toda clase de astucias de destruir la Cristiandad.

Para destruir la Cristiandad se echó mano de armas dialécticas. Toda destrucción es separación. Así como la vida es unión, unión de la creatura con el Creador, de la naturaleza humana con la divina, de la razón con la revelación, de la política con la teología, del imperio con el sacerdocio, así la destrucción es oposición: oposición de la creatura al Creador, de la naturaleza a la gracia, de la razón a la fe, de la política a la teología, del Estado a la Iglesia, del Imperio contra el Sacerdocio. Le metieron cuñas para separar y dividir lo que por disposición divina debía estar unido.

Y llegó un momento en que la separación se produjo. Se separó el Sacerdocio del Imperio; la Filosofía de la Teología; la política de la religión; la razón de la Fe; la naturaleza de la sobrenaturaleza; las naciones de la Cristiandad; los pueblos del Ungido de Dios.

Consumada la primera ruptura, producida la primera quiebra, no quedaba sino una alternativa. O rehacer lo que había quebrado, para volver al estado de integridad anterior, o continuar un proceso de nuevas rupturas. Lo primero habría demandado una acción sobrenaturalmente *milagrosa.* Porque cuando los pueblos produjeron la primera ruptura, se sintieron *liberados.* Esa sensación de liberación coincidió, por otra parte, con descubrimientos y adquisiciones científicas nuevas que más bien empujaban al hombre a emprender veloz carrera por la nueva senda que se abría. Luego no quedaba lugar sino a la segunda alternativa; alternativa peligrosa, sobre todo si tenemos presente una doctrina de la teología católica que enseña que no puede el hombre con sus solas fuerzas naturales mantener la integridad de la ley natural.

Esta enseñanza de la teología católica es sumamente importante para interpretar el desenvolvimiento de los pueblos. Cierto es que el hombre, sin auxilio gratuito de Dios, puede cumplir muchas obras buenas. Pero no puede, en cambio, guardar la integridad de la ley natural y guardarla por mucho tiempo. Es ésta la enseñanza contra los pelagianos que defendió acérrimamente San Agustín. Ahora bien; los pueblos, sin la gracia, habían de caer en grandes errores y delitos. Y así producida la primera quiebra, y al haber rechazado los pueblos el ordenamiento que les había traído la Iglesia, quedaban en situación de no poder mantenerse en la integridad del estado natural, prescripto por la razón. Y entonces los pueblos iban a caer de ese estado y se iba a producir una segunda ruptura, y, por consiguiente, una segunda separación o juego dialéctico; pero ahora, dentro de los valores del puro orden natural. Así

se iba a oponer el sujeto y el objeto, la realidad y el conocimiento, el realismo y el idealismo, el bien común y el bien individual, y el orden y la libertad; la política y la economía, la autoridad pública y la libertad; la filosofía y la ciencia; el racionalismo y el empirismo. Y en esta segunda evolución va a nacer un mundo infrahumano, que es el siglo XIX.

Pero todavía es posible descender más abajo; todavía hay lugar para una tercera ruptura o separación. Todavía el hombre cultural del siglo XIX tiene suficiente densidad cultural como para admitir una tercera división dialéctica. Se puede separar, en la economía, capital de trabajo, burgués de proletario. Marx va a erigir la lucha de clases como gran instrumento de disociación para terminar con todos los valores de la burguesía y erigir una civilización del proletariado, en la que el supremo valor sea el trabajo. El bien supremo del hombre ya no será lo sobrenatural, ni la razón, ni la libertad, sino el trabajo manual. El hombre trabajando para el Trabajo. Para construir la gran civilización del Trabajo. El hombre trabaja por trabajar. El puro medio, erigido en Fin último de la vida humana, Y con ello la suprema aberración.

El regreso humano y el progreso técnico

En nuestra suposición se hace evidente que el hombre desde el Renacimiento viene regresando. El mito del progreso sostenido por el mundo moderno es una mentira. Los pueblos, lejos de prosperar, caminan hacia su ruina. No negamos que se haya efectuado un progreso *parcial* en algunos aspectos: en los bienes exteriores al hombre como

son los artefactos que el hombre fabrica para su propia utilidad. Ha habido un progreso en el poder de fabricar que tiene el hombre. Negamos que haya habido progreso en el hombre mismo. En su inteligencia y en su voluntad. La inteligencia progresa con el hábito de la sabiduría, que le hace ver todas las cosas a la luz de la primera Verdad. Su voluntad progresa con los hábitos virtuosos que lo encaminan al Bien. Y el hombre moderno sufre en su inteligencia por el error del ateísmo que penetra cada vez más profundamente en su vida, y sufre en su voluntad por las malas inclinaciones que le pervierten desde la más temprana edad con toda clase de desviaciones. La delincuencia infantil lo demuestra acabadamente.

El progreso parcial que obtiene el hombre moderno en la fabricación de artefactos, lejos de cohonestar el profundo regreso en los aspectos propiamente humanos, los aumenta, por cuanto pone en manos criminales mayor poder destructivo. Y así se da la paradoja de que justo el hombre alcanza el poder de destruir la tierra cuando ha descendido en sus instintos criminales al punto de que se ha hecho capaz de destruirla.

El estado convulsivo crónico que vive la humanidad desde hace cincuenta años es la mejor demostración de su regreso. Este estado convulsivo es fruto de todos los errores y aberraciones de la humanidad desde el Renacimiento acá. Guerra mundial del 14, fascismo, crisis del 29, guerra civil española, hitlerismo, segunda guerra mundial, guerra fría y amenaza permanente de una guerra atómica, son acontecimientos de tal magnitud, que cada uno de ellos podría llenar un siglo de historia. Ante el peso de tales acontecimientos el hom-

bre vive aterrorizado. La era atómica es la era del terror.

El progreso técnico del hombre, que es acumulativo, se mantiene neutral frente a su progreso o a su regreso cultural, que es propiamente humano. Piénsese qué bienestar habría alcanzado la humanidad si manteniendo el progreso humano de los siglos medievales hubiera tenido a su disposición el progreso técnico de que dispone en la época actual. Lejos de producir artefactos mortíferos que amenazan la tranquilidad y la existencia misma de los pueblos, hubiera elevado el nivel de vida proporcionando de modo armónico a cada uno y a todos los pueblos un bienestar también armónico y en consonancia con la índole de su naturaleza.

Capítulo tercero

LA CIUDAD CATOLICA, UNICA SOLUCION CONTRA EL COMUNISMO Y CONTRA EL ACTUAL DESGARRAMIENTO DE LAS SOCIEDADES HUMANAS

No sabemos a dónde va a desembocar esta encrucijada de la historia que vive el mundo actual. Tampoco hemos de estar muy solícitos por saberlo. Ello pertenece a los designios inescrutables del Creador. Pero si el comunismo es obra y etapa de la Revolución Anticristiana, peor que el mismo comunismo es la Revolución anticristiana, que produce estos frutos mortíferos del naturalismo, del liberalismo, del socialismo y comunismo, que lo invade y lo penetra todo. Esta revolución es una totalidad que quiere destruir totalmente al hombre cristiano.

Si es una totalidad, hay que oponerle otra totalidad. Hay quienes quieren curar los males de la sociedad contemporánea con recetas incompletas cuya eficacia alimentan en su propia imaginación. Unos, recetas puramente religiosas; otros, políticas; quienes, sociológicas u económicas. Y aun, en cada uno de estos sectores de la actividad humana, tienen a su vez el secreto mágico que va a poner remedio a todos los males. Y así los

que ponen sus esperanzas en lo económico piensan, por ejemplo, en la participación de los obreros en las empresas o simplemente en la propiedad comunitaria.

No es necesario explicar que la realidad es compleja y es sobre todo una totalidad que está determinada por causas y encierra elementos que son en general humanos, y por lo mismo religiosos, políticos y económicos.

La Iglesia tiene un programa para el hombre de hoy. Este programa, que es *religioso-cívico*, lo viene enunciando en forma coherente desde el Pontificado de León XIII, y Pío XII ha sido su magnífico expositor.

Para comprender el programa *religioso-cívico* que la Iglesia propone al hombre contemporáneo como solución de los males que le aquejan y aun de otros que le amenazan, tengamos bien presente el carácter de la sociedad en que vivimos. Porque a pesar de la degradación deletérea de la Revolución anticristiana, los cimientos de nuestra civilización occidental han sido construídos sobre la base de la Europa Cristiana, la cual, a su vez, ha recogido lo mejor de la civilización grecorromana e incluso del mundo germánico, bajo la inspiración de la Iglesia. Tenemos un patrimonio que conservar. El concepto de Dios trascendente, de Cristo y de la Iglesia; el concepto del hombre, de la familia y de la sociedad; el concepto del derecho y de la propiedad son otros tantos pilares firmes, que, a pesar de una acción secular corrosiva, se conservan fundamentalmente incólumes. Además, que estos conceptos de la vida occidental perseveran en instituciones todavía sanas en su fundamento, que hemos heredado de la Europa cristiana.

La Iglesia no renuncia ni a la idea de "civilización cristiana" que, como hemos visto, se identifica con la de "ciudad católica", ni a la de la "Europa cristiana". San Pío X afirma taxativamente: "La Iglesia, al predicar a Cristo crucificado, escándalo y locura a los ojos del mundo, vino a ser la primera inspiradora y fautora de la civilización, y la difundió doquier que predicaron sus Apóstoles, conservando y perfeccionando los buenos elementos de las antiguas civilizaciones paganas, arrancando a la barbarie y adiestrando para la vida civil los nuevos pueblos, que se guarecían al amparo de su seno maternal, y dando a toda la sociedad, aunque poco a poco, pero con pasos seguros y siempre progresivos, aquel sello tan realzado que conserva universalmente hasta el día de hoy". Y añade a continuación: "La civilización del mundo es civilización cristiana: tanto es más verdadera, durable y fecunda en preciosos frutos, cuanto es más genuinamente cristiana; tanto más declina, con daño inmenso del bienestar social, cuanto más se substrae a la idea cristiana".

Benedicto XV, en *Pacem Dei munus*, pondera la civilización cristiana formada por la Iglesia, que alcanza su esplendor en la Europa cristiana, y allí dice: "Y así, por la historia sabemos que los antiguos pueblos bárbaros de Europa, desde que en ella penetró el espíritu de la Iglesia, suavizándose poco a poco las múltiples y máximas diferencias entre ellos mismos, y desapareciendo sus discordias, se unieron para la formación de una sociedad homogénea y nació la Europa cristiana, que, guiada y bendecida por la Iglesia, reteniendo la variedad de naciones, arribó a una unidad fomentadora de prosperidad y grandeza". A esta Europa cristiana y ciudad católica se refiere León XIII en el pasaje que citábamos más

arriba, y de ella dice San Pío X en el pasaje también citado que "ha existido y existe".

Es por ello que San Pío X se indignaba con santa cólera contra los jóvenes del movimiento *Le Sillon,* quienes en Francia, a comienzos de siglo, se declaraban *revolucionarios* y querían destruir la civilización actual para edificar luego una totalmente nueva. "Esto es —decía Pío X— lo que quieren los jóvenes sillonistas de la sociedad humana. Éste es su sueño de cambiar las bases naturales y tradicionales de la sociedad y de prometer una sociedad futura. Edificar sobre otros principios que ellos tienen la osadía de declarar más fecundos, más beneficiosos que los principios en los cuales descansa la sociedad cristiana".

Hay muchos católicos que quieren ser *revolucionarios,* y algunos llegan a proclamar que lo quieren ser más que los comunistas. Es claro que ello no pasa de ser un ardor puramente retórico. No saben lo que dicen. Es difícil superar a Lenin en conducción revolucionaria y en poder de destrucción de los valores humanos. El primer revolucionario fué Lucifer, quien en su rebelión sembró el mal donde Dios creó el bien. El programa del católico no es la Revolución, porque, como hemos dicho, la sociedad actual no es fundamentalmente mala, sino, por el contrario, sus cimientos cristianos la hacen fundamentalmente buena. Es cierto que esta sociedad desde hace varios siglos recibe fuertes golpes destructivos de la Revolución Anticristiana. Es cierto que el naturalismo, el liberalismo, el laicismo, el socialismo y el comunismo la corroen como un cáncer y amenazan destruir sus órganos vitales esenciales. Pero hasta ahora no han conseguido su objetivo. Por ello el mismo San Pío X sostiene en el documento que

mencionamos que la Iglesia "no tiene que separarse del pasado, y que le basta volver a tomar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la revolución y adaptarlos, con el mismo espíritu cristiano que los ha inspirado, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea, porque los verdaderos amigos del pueblo no son —dice— ni revolucionarios ni novadores, sino tradicionalistas".

Aquí nos señala el Santo Pontífice cuál ha de ser nuestro objetivo en un programa de mejoramiento social. No destruir lo pasado por pasado, porque hay allí un patrimonio que es necesario conservar y aun afirmar, sino reconstruir lo que la Revolución Anticristiana ha roto. Y no reconstruir tal cual era cuando fué destruído. Porque esto no es posible, porque ha habido, de entonces acá, una evolución material de los pueblos en las ideas, en las instituciones, en la técnica, en la historia y aun en la geografía. Reconstruir aquellos organismos rotos con el mismo espíritu cristiano de que estaban animados, porque ese espíritu no es de ayer ni de hoy, sino que es el Espíritu eterno de Dios que debe penetrarlo todo en todos los tiempos. Por eso, antes de indicar cuáles son los principales organismos rotos por la Revolución conviene insistir en el principio que debe animar todo el programa público cristiano. Éste es el espíritu de Dios que se comunica a Cristo-hombre y de Cristo a su Iglesia. Por esto es tan fundamental y primaria la Verdad de que Cristo ha de ejercer su Realeza Universal y espiritual sobre todo lo temporal, ya sea nacional o internacional. Por esto el laicismo es la peste que engangrena hoy al mundo. El laicismo de los organismos internacionales, el laicismo de las naciones, el laicis-

mo de instituciones como la justicia, la universidad, la escuela, la familia, la propiedad y el orden económico. Es bien evidente que si el Espíritu de Cristo y de su Iglesia no inspira todos estos organismos, ellos se convierten en focos de infección, de perversión y de disociación.

Después que la Redención de Cristo se ha constituído en eje de la historia mundial, ya no es posible para el mundo y para un pueblo encontrar la paz de espaldas al Ungido de Dios. El hombre necesita de Cristo, de Cristo pleno y total. Éste es el significado más saliente de cinco siglos de apostasía del mundo moderno. Este mundo, a pesar de su progreso técnico formidable, desde hace cincuenta años se halla convulsionado por doquier. Este mundo no se reconstruirá si Cristo y su Iglesia no le dan base sólida.

Una vez asegurado el Espíritu de Cristo en las instituciones que nos rijan y en la vida particular y pública de los hombres, podremos entregarnos a la tarea de reconstruir, en consonancia con la evolución de los tiempos que vivimos, los principales organismos rotos por la Revolución. Hay dos organismos rotos por la Revolución Anticristiana. Uno es el Estado en cuanto Estado. El otro organismo es el que se refiere a la organización y regulación de la vida económica.

El primer organismo que es necesario restaurar, si se quiere detener al comunismo y sanear las instituciones contemporáneas, es el Estado. Hay que poner fin a la mentira del Estado democrático y liberal burgués. Es un Estado que, con el pretexto de la democracia y de la libertad, sirve a los intereses sólidos de la burguesía. En este Estado todo se convierte en tráfico de venalidad y enriquecimiento. La administración, la jus-

ticia, la vida militar, la vida pública y la vida privada, todo tiene precio.

La majestad de la autoridad pública al servicio virtuoso de la comunidad desaparece completamente de este Estado. Y esto es lo que es necesario restaurar: *la majestad de la autoridad pública.* En la concepción cristiana la autoridad viene de Dios y es responsable ante Dios. *Todo poder viene de Dios,* decía San Pablo. Por ello participa de la majestad divina. Por ello tiene fuerza de mando. Pero sólo es posible restaurar la majestad de la autoridad pública cuando ésta cumple con su fin propio y específico y se pone al servicio virtuoso de la comunidad. Virtud viene de *vir* y de *vis. Vir* significa varón. *Vis* significa fuerza. Virtuoso es el que tiene la fuerza del varón. La fuerza moral y también la fuerza física al servicio de la virtud. La autoridad pública es la fuerza física puesta al servicio de la fuerza moral que debe servir a la comunidad. Por ello en la autoridad pública, que es el ámbito de la política, la virtud y la fuerza están conectadas con la función pública. La virtud y la fuerza son las virtudes propias del político y del militar. Y en los momentos culminantes de la historia de un pueblo el político y el militar, el gobernante y el guerrero que llegan a identificarse en una misma persona física surge para establecer el imperio de la vida virtuosa en la comunidad. Muchos confunden, a veces a sabiendas, *gobierno con majestad de autoridad pública,* con gobierno despótico y aun tiránico. Sin embargo, nada más lejos de la tiranía que un gobierno que mantiene la majestad de la autoridad poniéndose al servicio virtuoso de la comunidad. Nada más tiránico que el gobierno del Estado democrático liberal, que al ser sirviente de la plu-

tocracia internacional, corrompe toda la vida nacional.

Es necesario, pues, reconstruir el primer organismo roto por la Revolución anticristiana devolviendo al Estado la majestad de su función, que consiste en el ejercicio de la autoridad para el ejercicio de la vida virtuosa en toda la comunidad nacional.

Pero no basta con llegar al fin en lo que respecta al orden público. Es necesario considerar también el ámbito del orden privado que se desenvuelve principalmente en las relaciones económicas de unos hombres con otros en la producción y distribución de bienes y servicios. Aquí la revolución anticristiana ha roto un organismo esencial que en todas las sociedades, tanto en la antigua como en la medieval, aseguraban la armonía de todos los que intervenían en el proceso económico. La Revolución Francesa, al suprimir, en 1791, con la ley Le Chapelier, el régimen corporativo de profesiones, que aseguraba protección a toda la economía, en especial a los sectores más débiles, ha entregado a éstos a la voracidad de una economía de puro lucro. La verdad es que de entonces acá las cosas han variado y han podido organizarse los obreros y empleados en sindicatos que han logrado sensibles mejoras en las relaciones de trabajo. Pero son todavía sindicatos de lucha, como es todavía casi siempre de lucha la actitud de la clase patronal para con los trabajadores. La lucha de clases no la ha creado el socialismo. El socialismo la explota y agudiza, para provocar el estallido de la sociedad en que vivimos.

Pues bien, a la lucha de clases debe sustituirse la armonía y la colaboración. Por ello la Iglesia propicia como pieza maestra del orden económico

cristiano la organización de las clases en un organismo económico, regional y nacional, donde se logra la armonía de la clase empresarial y de la clase asalariada sobre la base de la justicia templada por la caridad. Debe presidir la constitución y funcionamiento de esta regulación y organización de la economía nacional el principio de que en la medida de que los diversos grupos sociales contribuyen a la producción de la riqueza nacional deben participar en su distribución. Pío XII enunciaba este principio diciendo: "Es erróneo y funesto en sus consecuencias el prejuicio, desgraciadamente demasiado extendido, que ve en la producción industrial una oposición irreductible de intereses divergentes entre empresarios y obreros. La oposición es tan sólo aparente. En el terreno económico hay una comunidad de actividad y de intereses entre empresarios y obreros. Desconocer este lazo recíproco, trabajar por romperlo, no puede ser sino la señal de una pretensión de despotismo ciego e irracional. Jefes de empresa y obreros no son antagonistas inconciliables. Son cooperadores de una obra común; comen, por decirlo así, de una misma mesa, pues viven, al fin de cuentas, del beneficio neto y global de la economía nacional".

La organización de todas las fuerzas productoras debe reconstruir el organismo roto por la Revolución anticristiana, y con ello han de devolver a los pueblos la paz social.

La Revolución anticristiana, que amenaza con sumergir al mundo en la esclavitud comunista, ha atacado las tres autoridades que mantienen el orden cristiano de la sociedad. *La autoridad religiosa,* de la Iglesia Católica, columna y fundamento de toda verdad. *La autoridad política del Estado,* que

con su majestad realiza la convivencia virtuosa de la comunidad. *La autoridad económica* del orden de las profesiones, que, aunando económicamente todas las fuerzas que contribuyan a la riqueza nacional, asegura la paz social. Por ello, si se quiere atajar el avance comunista y sanar la actual sociedad enferma, es necesario restaurar de manera efectiva estas tres autoridades. No es posible el funcionamiento de una de ellas sin el funcionamiento armónico de las otras. No hay paz ni orden en el plano de las relaciones de trabajo sin paz y orden en el plano del Estado, como tampoco puede haber paz y orden en el Estado y en la vida sin la paz y el orden de los espíritus, que sólo asegura la Iglesia.

Una aplicación al orden nacional

Este programa de restauración de la ciudad católica que propone la Iglesia al mundo actual, y que descansa en la reconstrucción efectiva de las tres autoridades —la Religión, la política y la economía—, consideramos que tiene vigencia para resolver los problemas más urgentes de nuestra actualidad nacional.

Los problemas giran todos alrededor de la situación dialéctica que se ha creado en el país, al menos en forma aguda, desde 1955. Estamos de acuerdo en que el período peronista ha contribuído, a su vez, como factor preponderante en su producción. También hemos de estar de acuerdo en que, a su vez, la revolución que surgió en 1943 fué determinada por la situación inmediatamente anterior. Pero en política es inútil volver la mirada atrás y achacar responsabilidades. Tampoco queremos aquí hacer imputaciones. Sólo queremos

situar con precisión los hechos que condicionaron la actual coyuntura del país.

El país se encuentra aprisionado por un juego dialéctico que lo trabaja como por una gran tenaza, uno de cuyos brazos son las clases pudientes en colusión con la finanza internacional, y el otro se concentra de las clases populares. Todo el esfuerzo comunista se concentra en presionar sobre uno de los brazos, el de la clase pudiente, para que efectúe una política antinacional y antipopular. Esta política, que determina una opresión cada vez más fuerte sobre el pueblo y sobre la nación, origina una reacción. Estos acusan a la otra parte de imperialista y explotadora. El comunismo, con su inmenso aparato de propaganda, exacerba esta reacción popular, la que a su vez determina al brazo de la clase dirigente a tomar medidas de defensa, incluso militares y policiales, contra una pretendida penetración comunista en el otro brazo de la tenaza. Así el proceso se agudiza. Un brazo de la tenaza determina la acción del otro brazo, y el aprisionamiento del país se hace cada vez más estrecho, sin esperanza de solución. Y hay quienes de buena fe, con el propósito de combatirlo, desarrollan el comunismo.

En este error incurre de un modo abierto nuestro ejército. Sabido es que la enseñanza técnica militar que se dispensa desde hace un par de años en el Ejército gira alrededor de cómo enfrentar la guerra revolucionaria que utiliza hoy el comunismo para apoderarse de los países. Lenin, Mao Tsé Tung y Ho-Chi-Minh, del Viet-Minh, son los grandes estrategas de esta guerra revolucionaria.

Y como el ejército francés ha tenido que enfrentar particularmente esta clase de lucha, el Es-

tado Mayor del ejército argentino ha requerido la enseñanza de militares franceses especialistas en esta clase de guerra, para el adiestramiento de nuestras unidades. Hasta aquí todo parece perfecto.

Pero el problema está en determinar contra quién se emplean los métodos de defensa contra la guerra revolucionaria. Porque una cosa es emplearlos contra el comunismo, y otra, muy diferente y contraproducente, emplearlos contra la masa pacífica de la población. Pues bien, en este error se ha incurrido. Es difícil determinar si a sabiendas o no. Aunque difícil también sea disipar toda sospecha, dado los antecedentes de los que han tenido la conducción de este asunto. El hecho es que se han aplicado los métodos de defensa contra la guerra revolucionaria comunista, como si nuestra masa trabajadora estuviera en una guerra revolucionaria comunista. Y con ello se ha hecho avanzar al comunismo de un modo prodigioso.

Es cierto que el comunismo avanza en el país. Pero por ahora el avance lo efectúa en el campo *económico-político*. No precisamente en el campo religioso ni en el campo militar. Primero en el campo económico-político, luego en el campo cultural. Por tanto, el comunismo debe ser contrarrestado y combatido en esos campos. No suceda que combatiéndolos en otros campos y con otras armas, no sólo no se lo contrarreste con eficacia, sino que se ayude a desarrollarlo.

Para combatir al comunismo en la Argentina hay que romper el juego dialéctico de esa tenaza infernal que separa y opone a las clases sociales.

Hay que darle categoría a la clase laboral para que se organice en sus gremios y sindicatos, con

derecho propio, y pueda de igual a igual tratar las condiciones de trabajo con la otra clase, la empresarial. Condiciones de trabajo con respecto a la seguridad del trabajo, al buen trato en el trabajo, y finalmente a la justa remuneración, son tres puntos en las condiciones que debe llenar el contrato laboral para que el sector asalariado se sienta protegido en su trabajo, que representa para él una necesidad y un derecho vital de primera importancia. Primero que sepa que el trabajo le está asegurado. Como es sabido, esta seguridad es más importante para el asalariado que el mismo salario. Preferible un trabajo seguro de menor remuneración, que otro de mayor remuneración pero que no ofrece garantías de seguridad. Conocida también es la situación incierta del obrero y del empleado argentinos a este respecto desde hace unos pocos años a pesar de la seguridad formal que pueden ofrecer las leyes.

El segundo punto, el de buen trato en el trabajo, es también sumamente importante, porque hace la dignidad de la persona, que es un valor moral que no puede ser evaluado en dinero.

Finalmente, en lo que hace al monto de los salarios y sueldos en el país, en estos momentos, la situación del sector asalariado no puede ser más injusta, y, por lo mismo, generadora de malestar social. En efecto, sobre la renta nacional corresponde a sueldos y salarios el 40 %, cuando en los Estados Unidos corresponde el 66 % y en Europa continental el 60 %. Nuestra masa asalariada se encuentra en una situación de flagrante injusticia que clama al cielo. Téngase en cuenta que hace diez años atrás, cuando el sector asalariado se sentía satisfecho en lo que a remuneración se refiere, percibía un 55 % de la renta nacional, es decir,

todavía menos de lo que se les paga en Estados Unidos y en Europa continental. Lo que recibe hoy, el 40 % de la renta nacional, es poco más o menos lo que percibía antes de la revolución del 43. Por eso aquella Revolución fué aclamada por el pueblo y mereció su más completo apoyo.

Nuestras clases pudientes deben comprender que el estado de evidente injusticia a que están sometiendo a nuestra masa asalariada acabará, de un modo o de otro, por producir un nuevo 17 de octubre, pero ya éste no podrá cumplirse ni se cumplirá como aquél en un clima fascista, sino en un clima comunista. No es necesario ser profeta para vaticinar que, más tarde o más temprano, de seguir las cosas así, se ha de producir un pronunciamiento popular de signo y de carácter muy sombrío. Que las fuerzas oscuras que manejan el juego dialéctico en que han sometido al país estén buscando y aprovechando este pronunciamiento, nada más lógico; pero que nuestras clases dirigentes, que habrán de ser sus primeras víctimas, no lo adviertan, parece sencillamente increíble.

Pero la reconstrucción de esta armonía en el plano económico no es posible; dicho de otro modo, no se puede romper esa tenaza que divide en dos campos de lucha, a la clase productora, si al mismo tiempo no se procura la reconstrucción del otro organismo roto, que es el Estado. Porque el estado actual, aun como Estado, mucho peor si además se halla en manos de un agente de disociación que gobierna a base de disociación—, es un factor de división y anarquía. Y hoy en el país el Estado perturba particularmente el plano de las relaciones de trabajo con un plan económico, impuesto por la fuerza política, que significa contracción de la economía. El producto bruto nacio-

nal se ha reducido en un 6 % en 1959, y casi en un 1 % más en 1960. Ello determina una agudización de la lucha social. No hay razón valedera que justifique tal plan, impuesto artificialmente, por no decir criminalmente.

Este plan, fundado en los principios de la economía liberal, podría funcionar con eficacia en un país altamente desarrollado, Porque al reducir el consumo de las clases populares puede aumentar la capitalización industrial, y con ello determinar una mayor exportación de productos, que asegure el saneamiento y equilibrio de la balanza de pagos. Pero como lo ha demostrado Gunnar Myrdal en *Teoría Económica y Países Subdesarrollados* (Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1959), no tiene eficacia en los países subdesarrollados por cuanto no pueden éstos aumentar la exportación de sus productos agropecuarios, ya que no los absorbe el mercado internacional, y en consecuencia el menor consumo de las clases populares no hace otra cosa que contraer la producción interna y toda la economía. Este plan no hace sino precipitar velozmente el proceso del comunismo, porque apura el juego dialéctico de la tenaza en la que el país está aprisionado. De nada vale que las fuerzas económicas intenten romper el juego dialéctico si éste es impuesto y fomentado por el Estado. Además hay que reconstruir un Estado que no sólo rompa el juego dialéctico, sino que busque la armonía de los grandes grupos sociales.

Es necesario, por fin, un Estado que cumpla su razón de existencia y de funcionamiento; y que en un momento en que el país es arrastrado por el comunismo, no sólo por el juego dialéctico, sino por los agentes comunistas provocadores co-

locados en puestos clave de la vida y de la administración pública, exacerban ese juego y lo explotan, es necesario un Estado que individualice perfectamente esos focos de penetración y que los reprima con eficacia. No suceda que ese falso Estado, haciendo profesión de anticomunismo, golpee en focos falsos y aliente y financie los verdaderos.

Sólo así, con la reconstrucción de esos dos organismos rotos por los ataques de las fuerzas diabólicas de la Revolución, podrá nuestra nación —y el mundo entero— no sólo hacer frente al comunismo y detener su avance, sino emprender la ruta de grandeza de un pueblo sano y cristiano.

Carácter condicionado del poder comunista

En nuestra tesis, aunque asignamos poderosa fuerza a la Revolución, y, en consecuencia, al comunismo, se la asignamos *en forma condicionada* en atención a la debilidad de la vida cristiana privada y pública de los pueblos. La Revolución anticristiana es fuerte porque la ciudad cristiana es débil. Si los pueblos se deciden con fortaleza a vivir la plenitud de su vida cristiana, la Revolución será vencida. Las palabras de Cristo son palabras de vida. "Tened confianza. Yo vencí al mundo" [1]. "¿Quién es quien vence al mundo sino el que cree que Cristo es el Hijo de Dios?" [2].

La ciudad cristiana de que nos habla con elocuencia e insistencia *el magisterio pontificio desde hace ochenta años* no es un mito o un ideal inalcanzable, sino que es una verdad operativa que comporta la única solución realmente válida

[1] Juan, 16, 33.
[2] Juan, 5, 5

del drama que está viviendo la humanidad. O la humanidad retoma el camino, abandonado hace cinco siglos, de *Plenitud de Cristiandad*, o se abisma más profundamente en un estado de caos y de terror que podrá asumir formas más o menos análogas a las que presenta el comunismo actual. Cristo es la única salud de los pueblos. *No hay otro hombre con el cual podamos ser salvos* [3]. Estas palabras valen para todos los hombres. Valen para la civilización humana.

Pero pensamos también que la Revolución anticristiana va a ser vencida y que la ciudad católica florecida, en una versión nueva, acomodada al progreso técnico de nuestro tiempo, es una realidad hacia la que caminamos.

Reconocemos *la crisis* del momento en que vivimos y que viene siendo denunciada de manera más sistemática por los más lúcidos pensadores desde hace más de cincuenta años. Pero pensamos que la Providencia guía los pasos de los pueblos y que los encamina suave, pero firmemente, a fines nuevos de Cristiandad. Pensamos que Dios ha de iluminar con fuertes auxilios al hombre para que sortee los peligros que por todas partes hoy le amenazan y para que arribe a una era de paz y de bonanza. Aunque el momento actual no puede ser más crítico, todo hace presagiar días próximos de paz. Esta misma crisis está obligando al hombre a entrar dentro de sí y a considerar profundamente su destino. La crisis acentúa la tensión entre la vanidad del progreso técnico y la realidad substancial de los valores auténticamente humanos, que no se encuentran sino en Dios. No se trata de despreciar el progreso técnico. Se trata

[3] Hechos, 4, 12.

de advertir que es vano, y aun perjudicial, si no va acompañado de un progreso en el interior del hombre. Sólo el contemplativo de Dios puede servirse provechosamente de las cosas terrenas. Es cierto que no todos los hombres pueden ser contemplativos de Dios. Pero en una humanidad en la que haya grupos activos encargados de los más diversos menesteres no ha de faltar un pequeño pero eficaz grupo dedicado a la contemplación de Dios que eleve el tono de la comunidad, que le confiera fisonomía, que levante toda la vida del hombre al Fin supremo que da sentido y orientación a todas sus actividades.

De la aceptación del comunismo, en virtud del sentido de la historia

Frente a éste nuestro planteo, muchos dan por descontado que tras el mundo liberal burgués, que va declinando, implantará sus reales en la historia el mundo marxista-proletario en marcha. Se trata, entonces, de ser sensible al sentido profético de los tiempos y de situarse ya desde ahora en el clima de las realidades que advienen. Dejar a los muertos que entierren a sus muertos, tomar conciencia de las inéditas perspectivas en que entramos y acelerar el proceso para que, cumpliéndose éste bajo nuestra previsión, sea menos violento su desarrollo y más propicio a un ordenamiento aceptable de valores.

Esta aprehensión reviste una u otra envoltura de ideas, de acuerdo a la concepción que de la vida se forja cada uno. Por esto, cuando ella prende, el político se convierte en aprendiz revolucionario, el sacerdote en agitador obrero —el caso de muchos *prêtres-ouvriers*—, el literato en fermento

de disolución social, y el burgués cobra pánico ante la inseguridad e incertidumbre del porvenir.

La gravedad de la actitud que se tome —y los perjuicios que ella puede ocasionar— será tanto más grande cuanto mayor la calidad de la tarea que cada cual realiza. Por esto merece particular atención la actitud del teólogo cuando, urgido por esta aprehensión, insinúa una nueva teoría sobre las relaciones del cristiano frente al marxismo.

"La condición del proletariado es tal entre nosotros —escribe el gran teólogo Ives Congar[4]—, que ella es inseparable de su lucha por su liberación. ¿Es posible, entonces, estar con él, aun como Iglesia, sin acompañarlo en un combate con respecto a las exigencias del Evangelio y de la liberación, trascendente, es cierto, y total, pero real y concreta, que nos trae Jesucristo? No se puede evitar el plantear la cuestión del sentido cristiano de la historia y el llevar esta cuestión del plano puramente personal y espiritual de salvación al plano colectivo de la historia terrestre. No se puede evitar el encuentro del marxismo, no como teoría solamente, sino como fermento concreto de lucha obrera, cuotidianamente presente y activo.

"Existe ya el mundo moderno, y ya de su seno un mundo nuevo quiere nacer, cuyos caracteres se anuncian bastante claramente: las condiciones de la vida serán allí ampliamente socializadas, tecnicizadas. Corresponderá, ciertamente, a los cristianos el hacer valer allí las exigencias de la persona, del ser hecho a imagen de Dios, capaz de vocación y de amor. Pero *deberán aceptar este mundo* para poder dar a luz la respuesta y la sa-

[4] *La vie Intellectuelle*, février, 1954, *Jésu Christ en France*, pág. 119.

lud de Cristo en él, al nivel y según las dimensiones de sus requerimientos" [5].

Hasta aquí el P. Congar, en un largo artículo, en el que se empeña en valorar el esfuerzo de lo que él llama "le mouvement religieux du catholicisme français contemporain", esto es, de aquel sector del actual catolicismo francés que, heredero del catolicismo liberal del siglo pasado, está ahora empeñado en simpatizar con el comunismo del mundo laico-proletario, así como antes trabó alianza con el liberalismo del mundo laico-burgués. Porque en esta opinión el cristiano debe estar pendiente del sentido de la historia, pues debe "tratar de hacer nacer de nuevo el catolicismo como respuesta en el seno de un mundo donde recibe una tarea inédita de la mano de Aquél que es el dueño de la historia" [6].

A la cuestión aquí propuesta queremos responder con las siguientes cuestiones. Aunque el sentido de la historia reclamara hoy la socialización y tecnicización de la vida, no habría por ello que aceptarlos. Porque el desarrollo de la historia profana no es la razón de la historia. El cristiano no debe evadirse de su tiempo ni sumergirse en él, sino que ha de marchar como peregrino en el tiempo mirando a la eternidad.

Sobre la aceptación del mundo laico-proletario

Comencemos por la primera cuestión. Es un hecho que desde la primera guerra mundial el

[5] *Ibíd.*, pág. 123. El subrayado es nuestro.
[6] *Ibíd.*, pág. 129.

proceso de socialización y tecnicización de la vida ha progresado aceleradamente. Observemos previamente que tecnicización no coincide con socialización. Nada impide, en efecto, una alta y progresiva tecnicización puesta al servicio de una sociedad organizada sobre la libertad de la persona individual. La técnica no importa en su concepto sino la elaboración de instrumentos que se interpongan entre el hombre y la nuda naturaleza. De suyo, no es más que un medio para dominar las fuerzas naturales. Sin la técnica, el hombre cae bajo la dominación de la naturaleza y de sus fuerzas, y se convierte en un puro elemento, como el rayo, el fuego y la piedra. El salvaje es un elemento natural, o porque no tiene técnica o porque la tiene muy rudimentaria.

Pero la técnica puede estructurarse de tal manera que se convierta en instrumento del hombre, útil para los fines de su vida, o puede, en cambio, adquirir un desarrollo tan desorbitado que absorba estos fines, se convierta ella en el fin mismo de la vida humana y haga del hombre un mero apéndice suyo. En este caso la técnica habrá llegado a ser toda una maquinaria, con consistencia propia, que habrá devorado al hombre. Pero entonces el hombre habrá claudicado antes para dejarse devorar. Habrá perdido su personalidad y su señorío. Porque si conservara su condición auténtica de dominador de las fuerzas naturales, también habría de conservarla sobre las artificiales de la técnica, que no son sino la transformación por él efectuada de estas mismas fuerzas naturales. Si el salvaje clásico es un elemento natural, el salvaje civilizado —valga la paradoja— es un elemento de un aparato técnico. Ni uno ni otro alcanzan la dignidad de señor en que fué constituí-

do el hombre por Dios como dominador del mundo de las cosas.

La tecnicización coincide con la socialización cuando el hombre, después de haberse socializado en su espíritu, se aplica al desarrollo de la técnica. Forja, entonces, una técnica para un hombre espiritualmente socializado. El hombre actual es un caso típico de este fenómeno. Conviene advertir una vez más que el hombre laico-burgués de la ideología liberal, al haber perdido las instancias superiores de la vida espiritual, es un colectivista en germen. Por esto, al aplicarse a la elaboración técnica, acaba inevitablemente en la socialización. De aquí que socialización y tecnicización sean una misma cosa en un mundo que se confiesa laico. Y si el laico burgués del siglo XIX adquirió una técnica grande sin socializarse, se debió a que vivía todavía en las realidades profundas de su vida, de instancias espirituales heredadas del pasado.

Hecha esta aclaración, recojamos el hecho de que la socialización y tecnicización de la vida se ha implantado ya en un área dilatada de la humanidad; y este otro, de que en todos los pueblos aumenta rápidamente la socialización y tecnicización de la vida. Con respecto a los Estados Unidos, que es el pueblo que se proclama libre por excelencia, este hecho ha sido denunciado repetidas veces [7].

No hay por qué detenerse a examinar el grado de verdad que haya en la afirmación de que si las cosas continúan en el ritmo que actualmente llevan, las condiciones de vida del mundo de mañana habrán de ser "ampliamente socializadas, tec-

[7] Frederick Lewis Allen, *Le grand changement de l'Amérique,* Amiant-Dumont. Paris, 1953.

nicizadas" [8]. Lo que no aparece con igual claridad es la conclusión que de este hecho se pretende sacar. "Pero se deberá aceptar este mundo..." [9], se dice. ¿Por qué, preguntamos, se deberá aceptar? ¿Acaso porque habrá que vivir irremediablemente en él y no se podrá vivir en otro? Si así fuera, el P. Congar, que en su artículo censura a los que no quieren aceptar este mundo, tendrá que reconocer que también éstos tienen que vivir irremediablemente en ese mundo a pesar de que rehusan aceptarlo. Luego el aceptarlo implica otra cosa, y bastante más que verse forzado a vivir en un mundo en el cual no se quiere vivir. Porque la aceptación de ese mundo implica en este caso la conformidad con él y un estado de paz con él. Precisamente lo que entendemos que no puede admitirse.

En primer lugar, por una razón de orden general, a saber: de que cada uno, dentro de la propia esfera, debe esforzarse por vivir su vida de acuerdo no precisamente a la historia, sino a las exigencias de su dignidad de hombre y de cristiano. Las normas morales que rigen la vida del hombre derivan de principios permanentes fijados próximamente por la razón humana, y en último término por la sabiduría divina. Y es claro que estos principios deben chocar con una sociedad socializada y tecnicizada. Porque la socialización y tecnicización de la vida es un principio de perversión que destruye el modo de ser esencial del hombre. Es cierto que el hombre es un ser *social*. Pero *primeramente* es *personal*, y lo es incluso en sus relaciones sociales y políticas. Lo social y po-

[8] *La vie Intellectuelle, février* 1954, pág. 123.
[9] *Ibíd.*

lítico es algo que, sin destruir su condición personal, se suma a ella,

En cambio, cuando se lo socializa, se sujeta al hombre a un módulo de vida colectivizada que conspira contra este carácter personal de su vida. Y cuando se lo tecniciza, se lo sujeta igualmente a la condición de apéndice de una máquina. Entre el principio de la personalidad y el de socialización y tecnicización de la vida hay una esencial incompatibilidad; de manera que si alguien quiere conformar su vida, como corresponde, al primer principio, no puede aceptar este segundo en ningún grado. Y el simple hecho de que acepte el primero ha de implicar un choque de su vida con las estructuras de una sociedad socializada y tecnicizada. En la medida en que esa sociedad fuera aceptada se produciría una claudicación de las exigencias más profundas de su condición de persona *humana*, y, con mayor razón, de su carácter de persona *cristiana*.

Pero además de esta razón de orden general hay otra de especial fuerza para el planteo que consideramos. En efecto; en virtud de las exigencias del sentido de la historia, se nos exhorta a aceptar el "nuevo mundo que quiere nacer, cuyos caracteres se imponen y donde las condiciones de vida serán ampliamente socializadas, tecnicizadas" [10]. La sociedad de que se habla, por mucho que sea ampliamente socializada y tecnicizada, no lo podrá ser en grado tal que haga imposible la práctica cristiana. Pues en tal caso ¿cómo podría insinuarse la legitimidad de su aceptación? Ello implica que esa sociedad estaría sujeta a una *cierta* socialización y tecnicización, la cual no sólo no

[10] *Ibíd.*, pág. 123.

comprendería la ateización, sino que dejaría amplio margen a la profesión del culto religioso.

Pero aquí se impone preguntar: ¿en virtud de qué se invoca el sentido de la historia, como si el proceso de socialización y tecnicización de la vida se ha de ir *dulcificando?* Porque la dinámica de los errores modernos nos dice, por el contrario, que éstos llevan en los últimos doscientos años un camino cada vez más catastrófico.

Dos libros relativamente recientes ponen de relieve con incontrastable fuerza este hecho. *L'homme révolté* de A. Camus, y *La Liberté, pour quoi faire?* de Bernanos. Camus muestra cómo la actual sociedad no marcha hacia *cierta* socialización, regulable a placer de los teólogos, sino a un socialismo absoluto, que se mueve sobre el presupuesto cierto de que el hombre es infinitamente plástico, sin ninguna naturaleza humana, sino entregado al puro fluir histórico. Marcha hacia un socialismo en que cada ser humano, partícula del gran Monstruo Colectivo, no debe tener otra reflexión que la del reflejo condicionado que provenga de la Central del Monstruo. Allí cada hombre individual debe llegar a ser, dentro del todo social, un puro juego de fuerzas sometido a un registro prolijamente calculado.

El socialismo, monstruo del terror racionalizado, no puede aparecer en cualquier momento de la historia humana, sino cuando ésta ha alcanzado un determinado grado de degradación. Cuando ha perdido el sentido de Dios, el sentido de la majestad de la autoridad pública, el sentido de la santidad de la familia, el sentido de la dignidad personal del hombre. El comunismo es término y resultado de un secular proceso de degradación en que la sociedad, desligada de los valores sobrena-

turales, encarnados en el sacerdocio, de los valores de dignidad política, encarnados en la nobleza, de los valores de eficacia económica, encarnados en la burguesía, explota los bajos instintos del resentimiento de las clases más desheredadas pretendiendo edificar sobre el odio de éstas todo el edificio social.

¿Qué queda del hombre cuando se le despoja de su dignidad *religiosa*, de su dignidad *política*, de su dignidad *económica*, sino un átomo desintegrado? Quienes más profundamente se perjudican con esta degradación progresiva son las inmensas multitudes, colocadas en el grado ínfimo de la escala social, las cuales, al no encontrar en sí mismas el principio de dignificación ni recibirlo, como antes, de los grupos depositarios de cada una de esas dignidades, quedan en una condición cada vez más infortunada. El absurdo perverso y nefasto del socialismo estriba precisamente en que quiere nivelar por debajo todos los valores y clases sociales. Todos los hombres igualmente ateos, todos igualmente libres de ataduras políticas, todos sin propiedad económica; vale decir, todos *proletarizados*, esto es, desintegrados. Y como los átomos desintegrados no pueden coexistir solos, un poder férreo, duro, implacable, les obliga a agruparse en un gran Todo, homogéneo y colectivo, fundado y sostenido en el terror permanente.

Ésta es la sociedad socialista, resultado lógico e inevitable de las causas de disolución que viene poniendo el hombre hace ya cuatrocientos años. Ésta es la sociedad conforme al sentido de la historia, a cuya aceptación se nos exhortaría.

Bernanos ha visto bien, en *La liberté, pour quoi faire?*, que la actual sociedad europea, resultado lógico de la dinámica histórica, no es sino un

cadáver. Y como cadáver, aunque inanimado, no es cosa inerte. Por el contrario, el cadáver está tembloroso, vibrante, hirviendo en mil combinaciones nuevas, cuya absurda diversidad se refleja en el ebullir matizado de la podredumbre. El cadáver en descomposición se parece mucho —si puede parecerse a algo— a un mundo en que lo económico ha prevalecido decididamente sobre lo político, y que no es sino un sistema de antagónicos intereses inconciliables, un equilibrio sin cesar destruído, cuyo punto debe ser buscado cada vez más abajo, El cadáver es mucho más instable que el viviente; y si el cadáver pudiera hablar, se envanecería, ciertamente, de esta revolución interior, de esta evolución acelerada que se traduce por fenómenos impresionantes, por emanaciones y agitaciones sin número; una caída general de los tejidos en igualdad perfecta haría avergonzar al viviente de su relativa estabilidad, lo trataría de conservador y aun de reaccionario, porque —en esto hay que acordarle justicia— toda reacción es esencialmente imposible... Sí, suceden muchas cosas, enormidad de cosas en el interior, o aun en el exterior del cadáver; y si pedís la opinión a los gusanos, y si fuesen ellos capaces de dárosla, os dirían que están empeñados en una prodigiosa aventura, la más audaz, la más total de las aventuras, una experiencia irreversible. Y con todo, no es menos verdad que un cadáver no tiene historia, o, si preferís, su historia es una historia admirablemente conforme a la dialéctica materialista de la historia. No hay allí sitio para la libertad, aun bajo cualquier forma; allí el determinismo es absoluto. El error del gusano, todo el tiempo que el cadáver lo alimenta, es hacer de la Historia una liquidación [11].

[11] Págs. 192-193.

Ésta es la descripción exacta del estado de abyección en que ha caído la desgraciada sociedad europea, que ha renegado primeramente de Dios y luego, lógicamente, también del hombre. Porque si no existe el Creador, tampoco puede existir la creatura. Cuando la realidad pierde su consistencia, el nihilismo más absurdo se entroniza en su lugar. El imperativo del destino histórico, obra de la insensatez continuada durante cuatro siglos, exige hoy que el hombre termine en esta ebullición de podredumbre cadavérica. Y si Dios no lo remedia, pronto el silencio de montones de esqueletos humanos —ya no el cadáver, sino desnudos huesos— reinará donde otrora florecía la civilización de los pueblos de Europa. A la desintegración espiritual del hombre corresponde su desintegración física. La bomba atómica, creciendo en poderío desintegrador, amenaza sacudir hoy los cimientos mismos del universo cósmico. Técnica y terror racionalizado del socialismo marchan paralelos.

Frente a estas sociedades, destructoras de Dios y del hombre, qué debe hacer el cristiano, si le toca vivir en ellas, sino aceptar, sí, la voluntad divina, que quiere que allí dé su testimonio; pero no aceptarlas a ellas, porque con todo el dinamismo de su ser y de su vida orientada hacia Dios, centro de integración y de vida, estará proclamando la majestad de Dios y la ruindad de una sociedad que camina a la nada. Pregúntese a los cristianos que viven hoy enterrados en las democracias populares si aceptan esas sociedades socializadas y tecnicizadas. Cuando se los quiere obligar a renegar de los divinos mandatos, saben oponerse heroicamente, y además saben buscar y aprovechar todos los resquicios que deja abierto todavía un socialismo no suficientemente socialis-

ta, para dar testimonio de la verdadera libertad para confesar al Dios vivo y para burlar el aplanamiento que esa máquina monstruosa realiza contra todos los actos creadores de la vida. Si no pueden menos, y aceptan la socialización y tecnicización de la vida, en lo que es compatible con los derechos de Dios, será como expiación y redención por los propios pecados y por los de sus hermanos.

Porque el cristiano entiende que el desarrollo catastrófico de la humanidad, naturalista en los siglos XVII y XVIII, liberal en el XIX y socialista en el XX, sigue una dialéctica de perdición porque el hombre ha preferido abrazar la causa del Príncipe de este mundo. Pero a su vez Dios permite esta corrupción de la historia profana porque ésta no tiene en sí la razón de la historia. Examinemos esta segunda cuestión.

La razón de ser de la historia profana

Pareciera, a pesar de lo dicho, que una actitud más complaciente del cristiano con esa realidad de hechos que le es ofrecida le crearía un clima de simpatía para dar en ese mundo una respuesta que sería mejor recibida. Porque cierto es que el universalismo cristiano tiene una respuesta inédita para ese mundo. Y cierto también que una repulsa a aceptar ese mundo pareciera encerrar como una aspereza frente a aquellos que deben ser los destinatarios de dicha respuesta y como una rebeldía contra el Señor de la Historia, que si en sus planes providenciales dispuso esa hora histórica, es porque ella es de alguna manera querida por su voluntad soberana.

Pero el problema no es dónde hay que dar la respuesta ni cómo hay que darla. Porque la res-

puesta hay que darla siempre en el mundo en que Dios nos coloca, a saber: en aquel contorno, en aquellas circunstancias y coyunturas en que estemos situados y cuya modificación no depende de nosotros. Pero que debiéramos modificar si estuviera ello en nuestras manos; que debemos modificar en la medida en que lo esté; y que ciertamente modificamos en alguna medida, aunque expresamente no nos lo propongamos, si influimos en ese mundo con las normas que para esas circunstancias prescribe el sentido cristiano. Tampoco está el problema en cómo hay que dar la respuesta. San Pablo señaló por anticipado la actitud del cristiano frente a los más diversos acontecimientos de la vida. "¿Quién nos arrebatará al amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?" [12]. El problema está en la naturaleza de la respuesta que hemos de dar. ¿Qué significado tiene para nosotros ese pedazo de historia profana ante el que estamos situados? Se nos dice que el mundo laico-burgués del siglo pasado estaba en el sentido de la historia. Que el mundo laico-proletario, fermentado por el marxismo, está asimismo en el sentido de la historia. Podría decirse asimismo que la apostasía universal de los pueblos con la manifestación del hijo de la iniquidad, de que habla el Apóstol [13], está también en el sentido de la historia. Igualmente lo está la "parusía" del Señor Jesús, a que se refiere en ese mismo pasaje el Apóstol.

De aquí se desprende que acontecimientos tan dispares y de significación tan opuesta como la apostasía de los pueblos y la "parusía" del Señor

[12] *Rom.*, 8, 35.
[13] II Tes. 2, 3.

pueden estar igualmente "en el sentido de la historia", y sin embargo exigir una adhesión de signo totalmente opuesto. Lo cual demuestra que el cristiano no ha de vivir pendiente del momento de la historia, sino del fin de la historia, porque es éste fin que da el sentido auténtico que se debe asignar a cada momento de la historia. Este fin de la historia ha de registrar el verdadero progreso del acontecer de la historia, y, en consecuencia, en qué medida se ha de apreciar y se ha de impulsar y transformar el movimiento mismo de la historia.

Para el cristiano, la historia no es un eterno retorno. Tiene un comienzo, tiene un fin y está marcada en sus etapas culminantes por el dedo de Dios, que le fija un sentido. Lejos de ser el incesante torbellino de juguetes vivos, hermosos y bien fabricados que el espíritu universal construye, destruye y rehace [14], toda ella arranca del *principio*, en que fué creado libre el hombre, y corre a la consumación del mismo hombre. La historia ha de acabar cuando el último de los hombres que entre en el seno de Dios deje el mundo presente. Porque la historia es para el hombre. Pero no para cualquier hombre, sino sólo para aquel que realice en sí la plenitud de la perfección humana. Y como la perfección humana no se obtiene ni se consuma sino en la posesión de Dios, sólo es hombre en sentido auténtico y cabal aquel que vive en Dios y de Dios. Para este hombre, para los elegidos que han de vivir eternamente en Dios, creó Dios el mundo, y por ellos lo hace marchar. Los réprobos, en cambio, no alcanzan a la perfección de hombres, o, si se quiere, son hombres degradados que se parecen más a los individuos corruptibles de las

[14] *Enneades,* III, 2, 15.

especies zoológicas. Refiriéndose a los elegidos, dice con fuerza el Apóstol [15]: "*Todo es vuestro, ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro, y vosotros de Cristo y Cristo de Dios*". He aquí el legítimo humanismo. *Todo es para el hombre.* Para los hombres perfectos que se asimilan con Dios. Los otros hombres que no han querido labrar la plenitud de su perfección no tienen en sí razón de la propia existencia, sino que ésta se justifica en ellos sólo como medio de hacer posible la salvación de los predestinados" [16].

Todo es para el hombre. El mundo cósmico, el mundo de los hombres, y aun, de alguna manera, el mundo de los ángeles. "Para la última perfección que se ha de lograr cuando sea completado el número de bienaventurados, dispuso Dios diversos movimientos y operaciones de las creaturas; algunas naturales como el movimiento del cielo, y las operaciones de los elementos por medio de las cuales se prepara la materia para la recepción del alma racional; algunos también voluntarios, como los ministerios de los ángeles que son enviados por causa de los que han de recibir la herencia de salud. De donde una vez obtenida la consumación de éstos, y ya asegurada de modo inmutable, cesarán para siempre las cosas que estaban a ella ordenadas" [17].

El movimiento del mundo, particularmente del mundo de los hombres, constituye la historia. Pero el movimiento nunca tiene en sí mismo la razón de sí. "Por el movimiento, con el cual Dios mueve las creaturas corporales, se busca y se intenta otra

[15] I, *Cor.* III, 22.
[16] S. Thomas, *Suma Theol.*, 1, 23, 7.
[17] S. Thomas, *De Pot.*, 5, 5, ad 13.

cosa que está fuera del movimiento mismo, a saber: completar el número de los elegidos, el cual, una vez obtenido, cesará el movimiento, aunque no la substancia del mundo" [18]. En la perspectiva con que, desde la eternidad, se ve la marcha del mundo, ésta se ha de detener cuando se alcance un punto prefijado. La sustancia del mundo no va a ser aniquilada; pero la medida del movimiento que esta substancia lleva en la actualidad sufrirá un paro. El mundo actual no tendrá, entonces, razón de existir. Y "vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados, se disolverán, y asimismo la tierra con las obras que en ella hay" [19]. *Todo en función del hombre.* Como asimismo la resurrección de los cuerpos, la "parusía" del Hijo del hombre, y "los otros cielos nuevos y la otra tierra nueva que esperamos" [20].

Todo es vuestro. Pero vosotros, de Cristo. Y Cristo no está al final, sino en el centro de la Historia. El misterio de su muerte-resurrección y ascensión atrae hacia sí la historia humana. Lo de antes y lo de después. El teólogo protestante Cullmann ha acentuado cómo en este misterio se ha cumplido ya el acontecimiento cumbre de la historia [21]. Ya no hay lugar a ningún mesianismo. Ya no se debe mirar tampoco hacia adelante, sino hacia Cristo, presente, quien actualiza y completa la plenitud de su cuerpo. La historia está centrada en torno del Cuerpo Místico de Cristo, de la Cabeza y de los miembros. El hecho importante que se está cumpliendo es la edificación del Cuer-

[18] *Ibíd.*, 3, 10, ad 3 y 4.
[19] II S. Pedro, 3, 10.
[20] *Ibíd.*
[21] *Christ et le temps,* Delachaux et Niestlé, S. A. Neuchâtel, 1947.

po de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos a la medida de la plenitud de Cristo" [22].

Desde la resurreción de Cristo hasta el último hombre elegido que complete la plenitud de su Cuerpo, la Iglesia o la obra de Dios en el mundo está en estado de tensión, *de vela,* aguardando al Esposo [23], en estado de *misión:* "será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin" [24].

La historia profana, considerada en sí misma y con independencia de la Historia divina, no sólo no es verdad, sino mentira, barbarie y catástrofe. Por esto la historia moderna, que se ha rebelado contra el principio sobrenatural y que ha querido llenar toda la realidad del hombre, viene cayendo, desde hace siglos, de precipicio en precipicio. Y el socialismo y la tecnicización de la vida humana señalan una de las simas más bajas a que puede descender el hombre, y que ciertamente acabará con el hombre si no se produce una intervención divina personal y soberana. Esta intervención habrá de producirse si el plan divino de la edificación del Cuerpo de Cristo así lo demandare. La razón humana no puede moverse aquí si no en un plano puramente conjetural, porque "inescrutables son los caminos de Dios" [25]. Pero los mismos Libros Santos señalan bastante claramente que Dios sostiene la substancia profana de la historia para que se cumpla la *obra misionera* de la

[22] Ef. 4, 13.
[23] Mt. 25, 13.
[24] Mt. 24, 14.
[25] *Rom.,* 11, 33.

Iglesia, llevando el Evangelio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin y consumación de la humanidad.

De manera que en un momento de la humanidad en que la soberbia del hombre ha desalojado a Dios de la tierra —Dios ha muerto—, y en que el hombre se cree Señor de la vida y de la muerte y no vive sino para inventar máquinas de destrucción cada vez más mortíferas, la única razón de alimentar una esperanza en favor de esta humanidad, que se ha cerrado todos los caminos de la misericordia, está en que "esta socialización y tecnicización de la vida" cumple un papel en el plan divino de la evangelización de los pueblos. El comunismo y la tecnicización sobreviven porque de alguna manera el Evangelio los sostiene.

Es claro que de aquí no hemos de concluir que debemos aceptar la socialización y tecnicización de la vida; se sigue, sí, que hemos de aceptar la propagación del Evangelio —que es la razón misteriosa, aunque efectiva, de sostenerse de aquella socialización y tecnicización—; pero el Evangelio, a su vez, condena y reprueba el comunismo del mundo laico-proletario, como condena y reprueba el liberalismo del mundo laico-burgués y y como ha de condenar y reprobar mañana la apostasía universal del Anticristo. "Porque al inicuo lo matará el Señor Jesús con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su «parusía»" [26].

[26] II Tes. 2, 9.

Carácter efímero del comunismo en el desarrollo de la historia cristiana

Los que somos protagonistas de los acontecimientos actuales corremos el peligro de dejarnos deslumbrar por los mismos. El fenómeno comunista, que fluye veloz e incontenible, nos puede parecer algo definitivo y milenario. Sin embargo, un poco de reflexión nos advierte que no es así. Si mil años dura la Cristiandad en estado de florecimiento, la etapa naturalista se extiende por los siglos XVII y XVIII, y la etapa libertaria burguesa tan sólo por el siglo XIX. La comunista no ha de alcanzar largos años aunque llegue a ocupar sólidamente el planeta.

El comunismo, término del proceso de la Revolución Anticristiana, parece estar también en estado de liquidación. Es demasiado "contra naturam" para que pueda afirmarse. El comunismo, más que un sistema de vida, es un azote para el hombre moderno que ha repudiado el concepto cristiano de la vida.

Por ello no es peregrino pensar que los pueblos, purificados por el azote comunista, caminan hacia una Epifanía de gran Cristiandad, lo que San Pablo llama [27] "plenitud de los pueblos gentiles", que ha de consistir en un florecimiento cultural del Evangelio en todos los pueblos. Aquí cobra sentido la riqueza del magisterio de la Cátedra Romana que desde el pontificado de León XIII al de Juan XXIII no cesa de proclamar la riqueza del mensaje evangélico para los pueblos modernos. No hay problema que se refiera a la *ciudad católica floreciente* que haya dejado de ser tratado con

[27] *Rom.*, 11, 25.

una luminosidad admirable. La familia, los cuerpos culturales, sociales, el Estado, el ordenamiento internacional, los derechos de la persona, la economía, la política, la libertad, la democracia, el liberalismo, el liberalismo católico, el socialismo, el comunismo. No hay error que no haya sido denunciado. Y esta enseñanza de la Cátedra Romana es propuesta con una fuerza y con una luminosidad que no tendría sentido si careciera de vigencia.

Pío XII, en su discurso del 13 de abril de 1953, a los miembros de los Comités Cívicos Italianos, les decía con extraordinaria fuerza: "Mirad bien, desde que la humanidad ha efectuado su progresiva apostasía lejos de Jesús, muchos «maestros» han pretendido substituirse a Él para instruirla y guiarla; muchos «constructores» han tratado de suministrarle las estructuras necesarias; muchos «médicos» se han empleado en curarle las enfermedades y llagas. Pero todos, al fin, se han encontrado delante de una humanidad desorientada, desanimada, sin fuerza".

"Sin embargo, es necesario, con tanta mayor premura, llevar a los hombres a la persuasión de que «hay un único maestro, que es Cristo (*Mt.* 23, 11), y de que sólo en Él se puede encontrar la salud del mundo con sus estructuras y del hombre con sus problemas»". "No hay en ningún otro salud".

"Un tal estado de cosas reclama la intervención no sólo —como es evidente— de la Iglesia docente y jerárquica, sino también de todos los cristianos empeñados en el campo social. Se trata de subrayar la necesidad de impregnar de sentido cristiano todos los campos de la vida humana. Tal ha sido siempre la voluntad de Cristo y es la ex-

pectativa de una parte de la humanidad, cansada de vivir en las construcciones ruinosas del mundo de hoy.

"No se puede decir cabalmente que vosotros —como tales— estéis llamados al apostolado propiamente dicho. Vosotros sois ciudadanos que quieren interesarse directamente a la formación de mejores estructuras económicas, políticas, jurídicas y sociales.

"Como ciudadanos leales y activos, vosotros buscáis crear en todo una conciencia cívica recta que mueva a cada uno a mirar como propias las necesidades de la colectividad.

"Como cristianos decididos a la acción, vosotros consideráis como vuestro deber el vigilar que nada venga a herir los intereses legítimos de la verdadera religión, de vuestra religión. Vosotros no formáis un partido político, pero nadie puede negaros el derecho de uniros, de organizaros por todo medio lícito para que la legislación sobre la familia, las normas para una más equitativa distribución de la riqueza y para la educación de la juventud y todas las disposiciones que tocan a la esfera de la fe y la moral sean realizadas de acuerdo a los postulados del pensamiento cristiano y de la enseñanza de la Iglesia".

El momento actual, primavera de la Iglesia

Pío XII tuvo el presentimiento lúcido que el mensaje que irradiaba al mundo en sus admirables alocuciones no iba a resultar estéril. Todas ellas trasuntaban un optimismo fulgurante. El mundo iba a conocer un nuevo florecimiento de la Cristiandad. El invierno quedaba atrás y ya se

sentía la primavera, preludio de un luminoso verano. Así lo manifestaba a jóvenes católicos congregados en Roma el 19 de marzo de 1958, pocos meses antes de su muerte, y les decía: "Mirad a vuestro alrededor, oh jóvenes, primavera de la humanidad, primavera de la vida. Haced vuestra nuestra esperanza, y decid a todos que nos encontramos en una primavera de la historia; quiera Dios que sea una de las primaveras más hermosas que los hombres han vivido: tras uno de los inviernos más largos y más crudos, una primavera que precede a uno de los veranos más ricos y luminosos".

Es difícil predecir cómo, desde el estado en que se encuentra la humanidad, se ha de llegar a esta *Pax Christiana*, a esta Cristiandad floreciente que se avecina. Si por una lenta evolución, o, lo que es más probable, por un estado crítico que reabsorba, en un hecho planetario, los cinco siglos de apostasía de la ciudad católica cuya aceleración alcanza su desenlace. Pero la Revolución anticristiana, en el actual período histórico, parece ya llegar a su término. Y con ella, el comunismo. La Cristiandad ha de florecer en todos los pueblos. Por ello todo tiene alcance y ritmo planetario. La Cristiandad será verdaderamente ecuménica y dejará a salvo todo el progreso de dulcificación de las costumbres y de la técnica que han conocido los pueblos. Será verdaderamente, en su sentido cabal, una *plenitud de naciones* (*Rom.*, 11, 25), en el seno del Cuerpo Místico de Cristo.

BREVE BIBLIOGRAFIA SOBRE EL COMUNISMO

Sobre la dialéctica

Para el problema de *la dialéctica* es indispensable la lectura y estudio de "*La Ciencia de la Lógica*" de G. W. F. Hegel. Hay una edición castellana excelente de Biblioteca *Hachette* de Filosofía, en dos tomos, traducción directa del alemán de Augusta y Rodolfo Mondolfo. Prólogo de Rodolfo Mondolfo. Además, es conveniente conocer "*La Fenomenología del Espíritu*" del mismo Hegel, de la cual es conocida la edición francesa, traducción de Jean Hyppolite, dos tomos, Aubier, París, 1939. De esta obra hay un buen comentario que es "Genèse et Structure de la Phénoménologie de l'Esprit de Hegel", de Jean Hyppolite, Aubier, París, 1946.

Sobre el comunismo de Marx y Engels

En francés, *Oeuvres complètes* de Karl Marx, en 54 volúmenes, Alfred Costes, éditeur, París, conocida comúnmente como traducción de J. Molitor, aunque una parte se debe a otros traductores.

Sobre el "Manuscripto económico-filosófico 1844" de Marx, hay que ver la edición inglesa "*Economic and philosophie Manuscrits of 1844*" de Foreign Languages Publishing House, Moscow, 1919.

En castellano se pueden encontrar las siguientes obras: "*La Sagrada Familia y otros escritos*", traducción del alemán de Wenceslao Roces, Editorial Grijalbo, S. A., Méjico, 1958.

Contiene, de Carlos Marx, "En torno a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel"; "Sobre la cuestión judía"; "Crítica de la dialéctica y la filosofía hegeliana en general".

Carlos Marx-Federico Engels, "*Obras escogidas*", Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957.

Carlos Marx, "*La ideología alemana*", Ediciones Pueblo Unido, Montevideo, 1959.

Carlos Marx, "*El Capital*", cotejada en la versión de Wenceslao Roces, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1956. En cinco tomos, de los cuales los dos últimos, la "*Historia crítica de la teoría de la plusvalía*".

Federico Engels "*Dialéctica de la Naturaleza*", Ediciones Paulov, Méjico. Contiene además, "Filosofía de la revolución de Carlos Marx, "La ideología alemana" del mismo Marx, "La cuestión de la vivienda", de F. Engels y "La guerra de los campesinos"", del mismo Engels.

Federico Engels, "*Anti-Dühring*", Hemisferio, Buenos Aires, 1956.

C. Marx y F. Engels, "*Biografía del Manifiesto comunista*", Méjico, 1949.

Lenín, "*Obras escogidas*", en cuatro tomos, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1941.

Lenín, "*Marx y Engels y el marxismo*", Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1947.

Mao-Tsé Tung, "*Obras escogidas*", Editorial Platina, Buenos Aires, 1959.

Manuales de la Academia de Ciencia de la U.R.S.S.

F. V. Konstantinov, "*Los fundamentos de la filosofía marxista*", Editorial Grijalbo S. A., Méjico, 1959.

M. M. Rosental-G. M. Straks, "*Categorías del materialismo dialéctico*", Editorial Grijalbo, S. A., Méjico, 1958.

F. V. Konstantinov, "*El materialismo histórico*", Edit. Grijalbo, Méjico, 1958.

Kuusinen y otros, "*Manual de marxismo-leninismo*", Grijalbo, Méjico, 1960.

M. A. Dynnik, "*Historia de la filosofía*", Grijalbo, Méjico, 1960.

"*Historia de la U.R.SS.*", Editorial Grijalbo, Méjico, 1958.

"*Manual de Economía política*", Editorial Grijalbo, Méjico, 1958.

Academia de Ciencias de la U.R.S.S., "*Historia de las ideas políticas*", Editorial Cartago, Buenos Aires, 1958.

Smirnov, Leontiev y otros, "*Psicología*", Grijalbo, Méjico, 1960.

Gorski, Tavanb y otros, "*Lógica*", Grijalbo, 1959.

M. Rosenthal, "*Les problèmes de la dialectique dans le capital de Marx*", Editions en langues etrangères, Moscou, 1959.

Otros autores

Henri Lefebvre, "*Le matêrialisme dialectique*", Presses Universitaires de France, 1949.

Henri Lefebvre, "*Le marxisme*", Presses Universitaires de France, 1950.

Henri Lefebvre, "*La somme et le reste*", La Nef de París, 1959, dos tomos.

Henri Lefebvre, "*Qué es la dialéctica*", Dédalo, Buenos Aires, 1959.

Henri Arvon, "*Le marxisme*", Colin, París, 1955.

Roger Garaudy, "*Humanisme marxiste*" Editions Sociales, París, 1957.

Roger Garaudy, "*Perspective de l'homme*", Presses Universitaires de France, París, 1959.

H. C. Desroches, "*Signification du marxisme*", Economie et Humanisme, París, 1950.

André Gorz, "*La morale de l'histoire*" Du Seuil, París, 1959.

Maximilien Rubel, "*Karl Marx Essai de Biographie intellectuelle*", M. Rivière, París, 1957.

.Maximilien Rubel, "*Bibliographie des oeuvres de Karl Marx*", Marcel Rivière, París, 1956.

Maximilien Rubel, "*Supplément à la Bibliographie des oeuvres de Karl Marx*", Marcel Rivière, París, 1960.

Crítica del comunismo

Gustavo A. Wetter, "*El materialismo dialéctico soviético*", Difusión, Buenos Aires.

I. M. Bochenski, "*El materialismo dialéctico*", Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1958

Franz Grégoire, "*Le pensée communiste*", Louvain, Editions Universitaires, 1955. Tres fascículos.

Jean-Ives Calvez, "*La pensée de Karl Marx*", Editions du Seuil, París, 1959. Existe una edición en castellano.

Cyr Van Oberbegh, "*Karl Marx son oeuvre bilan du marxisme*".

"Critique de son economie politique".

"Critique de sa guerre des clases" (Office du livre, Bruselles).

Pierre Bigo, "*Marxisme et Humanisme*", Presses Universitaires de France, 1954.

Henri Chambre, S. J., "*De Karl Marx à Mao-Tsé-Tung*", Spes, París, 1959.

Henri Chambre, S. J., "*Le marxisme en Union Soviétique*", Editions du Seuil, París, 1955.

Franz Grégoire, "*Aux sources de la pensée de Marx*", Louvain, 1947.

Gaston Fessard, "*De l'actualité historique*", Desclée de Brouwer, París, 1960, dos tomos.

G. M. M. Cottier, "*L'athéisme du jeune Marx*", J. Vrin, París, 1959.

Jacques Maritain, "*La philosophe morale*", Gallimard, Buenos Aires, 1960. Los capítulos dedicados a Hegel, pág. 159-262, y a Marx, pág. 263-324.

Jean Maridan, "*La dialectique de l'action*", en Itinéraires. Números 41 y 52 (París, 1960-61).

La Cité Catholique, "*Marxisme, communisme, bolchevisme et titisme*" en Verbe. Números 90-94.